

# Representaciones del intelectual

# La civilización doctrinaria

## Guizot y la historia europea (primera parte)

Joan J. Adrià i Montolio

**L**a *Historia de la civilización en Europa*, con casi dos siglos de edad a cuestas, es un libro famoso que sigue mereciendo ser leído con atención. La mirada condescendiente con la que el futuro, siempre altanero, tiende a desactivar —a “museizar”— tantas y tantas obras del pasado no nos debería contentar en este caso. Quizá sea cierto, como ha señalado el profesor Ramón Punset, que Guizot es casi un desconocido para el lector culto de hoy en día. Quizá haya que convenir que se ha convertido en un autor poco visitado por los especialistas en la historia del pensamiento político, eclipsado como está por el mucho más releído Alexis de Tocqueville.<sup>1</sup> Sin embargo, en su tiempo no fue así. Guizot gobernó Francia, sus ideas recorrieron Europa y fue barrido por una revolución. Hizo historia y produjo buena historia. Sus obras sentaron doctrina y encendieron debates, despertaron adhesiones y suscitaban rechazos. Sin él —sin ellas—, el liberalismo no habría sido ni lo que fue ni lo que es, pero (y esto es algo que cabe suponer que le costaría un gran disgusto si regresara de ultratumba) el marxismo tampoco. El libro de Guizot continúa teniendo grandeza e imponiendo respeto, y solo puede concitar el desdén de los mentecatos del presente —y haberlos, haylos— que identifican calidad, o interés, con novedad, a poder ser rabiosa. Aunque hoy en día nos puedan perturbar sus abusos generalizadores, el esquematismo de su concepción y el idealismo de su trasfondo, para cualquier historiador sensato habría de tratarse de uno de los “clásicos” más sobresalientes de la brillante historiografía del siglo XIX, aquel periodo tan fecundo para esta rama del saber que un colega de Guizot, Augustin Thierry, llamó el “siglo de la historia”. Y un clásico lo es, sobre todo, porque de su lectura aún se saca provecho, porque continúa incitándonos a pensar y, de un modo u otro, nos descubre y nos enseña algo. Liberty Fund, Inc., de Indianápolis, fundación norteamericana dedicada a potenciar el estudio del ideal de una sociedad de individuos libres y responsables —así se define ella misma—, ha reeditado en 2013 la traducción inglesa del citado

libro de Guizot debida a William Hazlitt, traducción que vio la luz por primera vez en 1846. ¡Albricias!

Un lector despistado puede pensar que dicho traductor es el célebre William Hazlitt que pasa por ser, con toda razón, uno de los mejores críticos literarios en inglés, uno de los más agudos ensayistas en esa lengua de todos los tiempos y uno de los venerables padres del periodismo moderno. Siento defraudarlo. El William Hazlitt maestro de la prosa y gran figura del radicalismo político británico nació en 1778 y murió, pobre, en 1830, por lo que difícilmente podía traducir a Guizot década y media después. En realidad, el traductor de idéntico nombre es, como cabía suponer, su hijo William Hazlitt Jr. (1811-1893), abogado, registrador del tribunal de quiebras londinense, editor y compilador de las obras de su padre, autor de libros sobre su oficio, y padre, a su vez, de William Carew Hazlitt (1834-1913), importantísimo bibliógrafo, editor y folklorista. Si a ello añadimos que el William Hazlitt archiconocido era hijo de un primer William Hazlitt (1737-1820), pastor de la iglesia unitaria y una de las más afiladas plumas de que se sirvió esta corriente cristiana —contraria al dogma de la Trinidad— para criticar al catolicismo romano y al anglicanismo, convendremos que llamarse William y ser un Hazlitt equivale a gozar de un cómodo lugar en el Parnaso anglosajón. Si el lector quiere buscar en los genes de tan singular familia una especial predisposición para las letras, o si prefiere encontrarla, como parece más lógico, en el depósito de capital cultural que pasaba sucesivamente de cada padre a cada hijo homónimo, o si se inclina por apreciar ambas cosas a un tiempo, es asunto que dejo a su libre albedrío.

De la calidad de la versión del libro de Guizot realizada por el William Hazlitt registrador de quiebras es buena muestra que aún hoy, en pleno siglo XXI y tras casi ciento setenta años de vida, mantenga intacto su músculo y siga siendo objeto de nuevas tiradas. Aunque existen otras traslaciones de esta obra al inglés —algunas de la década de 1830—,<sup>2</sup> no parece que ninguna de ellas haya alcanzado

tamaña posteridad. Y de la innegable relevancia de este Hazlitt como traductor de libros franceses da cuenta la selecta nómina de autores galos que puso al alcance del público angloparlante decimonónico. En efecto, además de a François Guizot, Hazlitt *the younger* tradujo, que sepamos, a Michel de Montaigne (nada menos que la totalidad de sus obras), a Victor Cousin, a Jules Michelet, a Augustin Thierry, a Alfred de Vigny, al *Abbé* Huc y a Alcide de Beuchesne. Además de aparecer juntos en la portada de *The History of the Civilization, from the Fall of the Roman Empire to the French Revolution* (tres tomos en la edición de David Bogue, Londres, 1846, que incluía también el texto de *The History of Civilization in France*), los nombres de Guizot como autor y de Hazlitt como traductor los hallamos igualmente unidos en la *History of the English Revolution of 1640: from the Accession of Charles I to his Death* (editada asimismo por David Bogue en 1846) y de *Why was the English Successful? A Discourse on the History of the English Revolution* (un volumen de 1850 publicado por David Bogue).

Los parabienes que merece la iniciativa de Liberty Fund no han de ser, por tanto, objeto de regateo. La importancia que en la historia de la historia tiene la obra más célebre de Guizot, en especial como documento de su tiempo, exige un incondicionado reconocimiento a todo aquel que la reedite. Y máxime si ofrece una excusa para volver sobre ella y sobre su autor, objetos ambos de las líneas que siguen.

**1**. FRANÇOIS GUIZOT: POLÍTICA E HISTORIA. Comencemos por lo obvio. Guizot, como hemos apuntado, fue uno de los personajes más importantes de su tiempo; un auténtico VIP de la historia. Nacido en Nîmes, en el Languedoc, en 1787 en el seno de una familia hugonote, su padre, un prestigioso abogado de convicciones revolucionarias, no superó el Terror: murió guillotinado (“llevó su cabeza al cadalso”, al decir de Gervasio Gironella, uno de los biógrafos que Guizot encontró en España cuando estaba en la cumbre de su poder),<sup>3</sup> por “federalista”, en 1794, en los mismos días en que Robespierre y Saint-Just se cobraban, en la capital francesa, el cuello de Danton. Educado en Ginebra, donde su madre —gran influencia en su vida— se trasladó con sus hijos, el joven Guizot culminó sus estudios en el París napoleónico. Mente muy despierta, pronto se introdujo en los ambientes literarios de aquel centro del mundo, comenzó a colaborar en periódicos y publicó sus primeras obras (un diccionario de sinónimos que alcanzó múltiples reediciones, un ensayo sobre el estado de las bellas artes en Francia). En 1812, al tiempo que Napoleón aprendía cuán grande era —y es— Rusia y cuán helada la nieve, y que en Cádiz los liberales españoles se atrevían, en plena lucha contra las fuerzas francesas, a promulgar una Constitución que bien puede calificarse de revolucionaria, Guizot se casó con Pauline de Meulan, una inteligente escritora catorce años mayor que él, publicó una traducción anotada de la *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* de Edward Gibbon —aunque su nombre no aparece en la portada, parece que buena parte del trabajo se debía a Pauline—<sup>4</sup> y se convirtió en catedrático de historia moderna de la Sorbona. No era, cabe advertir, la primera traslación que de esta obra se hacía al francés,

pero de inmediato arrojó al pozo del olvido a las anteriores. Cuando Gibbon se vertió al castellano en 1842, el traductor, José Mor de Fuentes, trabajó sobre el original inglés, pero incluyó las notas de Guizot.<sup>5</sup>

El acceso del brillante hugonote a dicha cátedra de historia, por cierto, constituyó un hito en la institucionalización de la disciplina: podemos decir que fue el primer profesor “profesional” (valga la redundancia) de historia, al menos en Francia. Y es que hasta el siglo XIX el estudio de la historia como materia independiente era imposible en cualquier universidad del mundo. Si antes se impartían contenidos históricos era como complemento a otros estudios (había historia eclesiástica para teólogos o historia moderna para diplomáticos) y en el siglo XVIII el conocimiento histórico no se separaba del geográfico. Cuando la revolución francesa incorporó el estudio de la historia a colegios, liceos y universidades, lo hizo uniéndola en sagrado matrimonio a la geografía, un maridaje que tenía entonces su lógica y que ha alcanzado una longevidad inaudita. Todavía hoy en la enseñanza secundaria española los docentes “de geografía e historia” imparten ambas disciplinas juntas y los *currícula* las encabalgan una con otra. Pues bien, “fue casi por casualidad”, según explicaba hace más de medio siglo el historiador norteamericano Felix Gilbert, que de las dos cátedras de geografía e historia (la de antigua y la de moderna) que la revolución había creado en la Sorbona surgiera la primera cátedra “dedicada exclusivamente a la historia”. La necesidad, según Gilbert, “de crear un puesto para el joven François Guizot” fue la causa de que en ese 1812 las citadas dos cátedras se transformaran en tres, “una para geografía, una para historia antigua y una para historia moderna”.<sup>6</sup>

La caída de Bonaparte en 1814 metió al profesor en política. Cuando el emperador perdió el poder, Guizot estaba en Nîmes visitando a su madre. De vuelta a París, aceptó el cargo de secretario general del Ministerio del Interior en la restaurada monarquía de Luis XVIII, para el que lo recomendó su colega de historia de la filosofía en la Sorbona, Pierre-Paul Royer-Collard (a la sazón cabeza visible de un liberalismo tibio y posibilista, “de gobierno”, que acabó siendo conocido por “doctrinario”).<sup>7</sup> Allí estuvo durante casi un año, hasta que Napoleón regresó de Elba, el rey huyó a Gante (consciente de que no gozaba del amor de su pueblo) y Guizot se refugió en sus trabajos literarios sin rendir ninguna pleitesía a Bonaparte: ya era un hombre de la Restauración. De hecho, tras Waterloo y la nueva entronización del Borbón, nuestro languedociano aceptó nuevas responsabilidades de gobierno. Así, fue durante un tiempo secretario del Ministerio de Justicia y, más tarde, director general de la administración departamental y comunal del Ministerio del Interior. Pero fue, además, desde el Consejo de Estado, una especie de eminencia gris de aquellos gobiernos postnapoleónicos que intentaban armonizar la soberanía del rey “legítimo”, emanada de un derecho que se presumía divino, con la existencia de una administración moderna heredada del período imperial a la que no convenía renunciar y, en especial, de unas cámaras legislativas que se suponía que representaban a unos súbditos con una agitada historia reciente a la espalda y que conservaron algunos de los derechos conquistados en la revolución, y una de las cuales se elegía

mediante un sufragio censitario muy restringido, según establecía, por escrito, la Carta otorgada por Luis XVIII en 1814, ese sucedáneo de Constitución. La restauración de la familia destronada en 1792 debía aspirar a lograr una estabilidad política que muchos franceses ansiaban tras tantos años de luchas, razón por la cual, y el rey así parecía haberlo entendido, no tenía por qué representar un retorno sin más a la situación de 1789, como pretendían los ultras, deseosos de una recuperación del absolutismo puro y duro y partidarios de la consabida alianza entre el trono y al altar.

En efecto, Guizot, burgués y protestante, se convirtió por aquel entonces en una figura prominente del grupo político de los doctrinarios, en el cual se integraban hombres tales como el citado Royer-Collard, Camille Jordan, el conde de Serre, Prosper de Barante, el duque de Broglie y Charles de Rémusat. Un grupo reducido, pensante y opinante, de “intelectuales” lo calificaríamos ahora, que, al decir de Rémusat, cabía en un sofá.<sup>8</sup> Un grupo liberal, sin duda, pero bien diferenciado, por su mayor apego a la Carta —pieza básica de lo que ellos teorizaban como una “monarquía constitucional”—, su compromiso con la forma monárquica de estado, su conexión con la fuerte tradición francesa del estado tutelar, colbertista y moralizador, y por su escasa propensión al *laissez faire, laissez passer* (es sabido que a Guizot y sus amigos no les interesaban “demasiado la cuestiones económicas ni industriales” ni tenían “doctrina *a priori* sobre la materia”, adhiriéndose al proteccionismo porque parecía garantizar mejor la estabilidad social)<sup>9</sup> del sector más típicamente liberal que se situaba a su izquierda, el que podemos tildar de liberalismo a secas, formado por Benjamin Constant, Jean-Baptiste Say, el viejo marqués de La Fayette o el joven Adolphe Thiers, entre otros. ¿Era posible conciliar lo bueno de lo viejo con lo bueno de lo nuevo, el orden y el progreso, la libertad con la autoridad? ¿Se podía desarrollar una política que rechazara al mismo tiempo el absolutismo, “la anarquía” y el igualitarismo jacobinos? En la respuesta afirmativa a esas preguntas está la clave del liberalismo conservador forjado en el sofá doctrinario de Guizot. Un liberalismo ecléctico que no cree ni en el derecho divino ni en la soberanía del pueblo, sino “en la soberanía de la razón, de la justicia, del derecho”, que legitima las desigualdades mediante la apelación a la meritocracia (Guizot utiliza la expresión “aristocracia móvil de la igualdad” para calificar ese nuevo elitismo),<sup>10</sup> que introduce, así, la noción de “capacidad” como piedra angular de la actividad política (y como los burgueses son los “capaces”, son ellos los que han de dirigir la vida del Estado),<sup>11</sup> que defiende una cierta idea de libertad, de razón y de justicia, y que se quiere equidistante de la reacción y de la revolución, es decir, en una posición de centro que con el tiempo se denominará el “justo medio”, *le juste milieu*.<sup>12</sup>

En 1820, sin embargo, el péndulo político se desplazó a la derecha. La reacción ultra de ese año, consumada el siguiente con la llegada al poder del conde de Villèle, se tradujo en una serie de leyes antiliberales y en un conjunto de medidas represivas que alcanzaron de pleno a Guizot. Defenestrado como político a las primeras de cambio, y refugiado en la cátedra de la Sorbona, se aprestó a publicar, y con gran éxito, algunos escritos políticos en los que las exigencias del momento no menguaban la altura teórica: *Du gouvernement*

*de la France depuis la Restauration, et du ministère actuel* (1820), *Des conspirations et de la justice politique* (1821), *Des moyens de gouvernement et d'opposition dans l'état actuel de la France* (1821), *De la peine de mort en matière politique* (1822). El más importante es su *Histoire des origines du gouvernement représentatif* (dos volúmenes, 1821 y 1822), que recoge las lecciones que impartió en su curso de historia moderna en la Sorbona de 1820 a 1822 y que constituyen sin duda una primera obra maestra a la hora de poner el análisis histórico al servicio de un pensamiento político decidido a operar en el presente. Ahí se acuña una formulación del objeto del gobierno representativo, a la vez liberal y reacia al sufragio universal, que se hará justamente célebre:

¿Qué es entonces hacer reinar en la sociedad, en tanto lo permitan bien la debilidad constante, bien el estado presente de las cosas humanas, este poder de la razón, de la justicia y de la verdad que, ya legítimo en sí mismo, también tiene derecho a imponer la obediencia? El problema es evidentemente recoger por todas partes, en la sociedad, los fragmentos dispersos e incompletos de este poder, concentrarlos y constituirlos en gobierno. En otros términos, se trata de descubrir todos los elementos del poder legítimo diseminados en la sociedad, y organizarlos en poder de hecho, es decir, concentrarlos, realizar la razón pública, la moral pública, y llamarlos al poder.

Lo que se denomina la representación no es más que el medio para llegar a ese resultado. No se trata en absoluto de una máquina aritmética destinada a recoger y enumerar las voluntades individuales. Es un procedimiento natural para extraer del seno de la sociedad la razón pública, la única que tiene derecho a gobernarla.<sup>13</sup>

Tanta actividad opositora le pasó factura. Como decía una enciclopedia publicada en 1840 —cuando la situación de nuestro personaje era muy otra—, “el publicista no denunció impunemente a Francia la marcha antinacional de su gobierno”, y el poder, “viendo a la audiencia de M. Guizot honrar en él la independencia del ciudadano con aplausos entusiastas, interrumpió el curso de historia moderna en 1822”.<sup>14</sup> Exponer los orígenes del gobierno representativo equivalía a hacer propaganda política desde la cátedra sin demasiado recato. No pudo reanudar sus lecciones hasta 1828. Lo mismo le ocurrió a otro ilustre ecléctico demasiado aplaudido, el joven filósofo Victor Cousin, víctima también de la misma purga.<sup>15</sup> Uno de los más conocidos estudiosos de la “poética” de la historia, Hayden White, sostuvo que “en 1818”, ambos “fueron despedidos de la Sorbona” por enseñar “ideas” antes que “hechos”.<sup>16</sup> Erraba en la fecha, pero no parece que fuera desencaminado en el diagnóstico. Un tercer purgado fue Abel-François Villemain, historiador como Guizot y que ocupaba la cátedra de elocuencia francesa. Guizot, Cousin y Villemain formaban una especie de “tríada dorada” de la enseñanza superior que fue evocada por muchos contemporáneos.<sup>17</sup> Lo que parece claro, y así lo vio uno de los mayores expertos actuales en Guizot, Laurent Theis, en su colaboración en *Les lieux de mémoire*, ese excepcional monumento historiográfico que dirigió Pierre Nora, es que la suspensión de los cursos de ese triunvirato

de profesores sirvió —como un “maravilloso tributo pagado por el vicio a la virtud, por el poder al pensamiento”— para asegurar su prestigio.<sup>18</sup>

Alejado, a la fuerza, de los aparatos de gobierno y de la vida universitaria, Guizot se dedicó a la historia “de gabinete”, es decir, a la investigación y a la escritura de la historia, centrando su trabajo, aunque no en exclusiva, en la revolución inglesa del siglo XVII “con el fin de exponer —según el profesor Josep Fontana— el desarrollo del gobierno representativo”. El fruto de su retiro es, entre otros, un libro que aumentó sobremedida su reputación como historiador. En efecto, en 1826 y 1827, respectivamente, A. Leroux y C. Chantpie imprimieron en París los dos volúmenes que conforman la primera parte de la *Histoire de la Révolution d'Angleterre, depuis l'avènement de Charles 1er, jusqu'à la restauration de Charles II*, una obra que “formaba parte de un combate más amplio contra una monarquía que no respetaba los límites de su propia carta otorgada”.<sup>19</sup> Y es que, como escribiría el mismo Guizot años después, “cuando la historia habla, es bueno que la política escuche”.<sup>20</sup>

En noviembre de 1827, una importante movilización electoral de los grupos liberales consiguió tan buenos resultados que Villèle hubo de dimitir. El conde de Martignac, a la cabeza del gobierno desde enero de 1828, recuperó a Guizot como consejero en la sombra, aunque separado del poder, y también como catedrático.<sup>21</sup> Interrumpió sus trabajos sobre la revolución inglesa, que retomaría años después, y ese año su curso trató de la historia de la civilización en Europa. Las lecciones se recogieron en un libro pronto célebre, que no fue un éxito editorial solo en Francia y al que volveremos en seguida. Y es que en un par de décadas se vertió a las principales lenguas europeas. Ya hemos citado las traducciones al inglés que conoció desde ese mismo año hasta que se publicó la versión de Hazlitt *the younger*. Al castellano se tradujo en 1839, pero vieron la luz con pocos meses de diferencia cuatro ediciones distintas, dos en Barcelona (una en la librería de Juan Oliveres y Gavarró, sin traductor identificado, aunque parece ser que fueron José Ferrer Subirana, Francisco Carles y Mariano Noguera los responsables en comandita,<sup>22</sup> y que fue reeditada en 1849; otra en la imprenta de Joaquín Verdeguer con un traductor que solo se identificaba mediante las iniciales F.C.N.), una en Madrid (en la imprenta de Miguel de Burgos, y con traducción de D.J.V.C.) y una cuarta en Cádiz (en la imprenta de la viuda de Comes, con traducción de J. Bitancourt y Sánchez). También hemos podido consultar dos nuevas versiones, distintas a las anteriores, que se publicaron en Madrid en 1846 (en el establecimiento “literario-tipográfico” de Madoz y Sagasti) y en 1847 (por el editor Francisco de Paula Mellado). Y la que salió a la calle en Santiago de Chile en 1860 (por la Imprenta del Ferrocarril). También se tradujo el libro por aquel tiempo al italiano, al alemán, al danés...

En julio de 1830 la monarquía borbónica se hundió. El rey Carlos X (un “imbécil monarca indigno de su época”, al decir de un compendio español de historia publicado en 1843),<sup>23</sup> que había heredado la corona a la muerte de su hermano en 1824, devolvió el péndulo a la derecha en 1829 nombrando un gobierno ultra presidido por el príncipe de Polignac. Las elecciones de 1830 dejaron al gobierno en mi-

noría en la cámara y el rey decidió disolverla y cambiar las reglas electorales para que no pudiera volverse a dar el caso, además, por supuesto, de suspender la libertad de prensa. Perdió el envite: la resistencia inicial de los periodistas y el malestar de los diputados dieron paso a tumultos callejeros que en tres días acabaron con el rey en fuga y la corona en manos de su pariente el duque de Orleans, convertido en Luis Felipe I y entronizado como “rey de los franceses”, no de Francia. La revolución no solo hizo feliz a Guizot, sino también muy poderoso y, con el tiempo, impopular: con la “monarquía de julio” escaló a la cima del poder y conoció cuán amarga puede ser su pérdida.

De agosto a noviembre de 1830 fue ministro del interior. En 1832 se convirtió en ministro de instrucción pública, cargo que mantuvo en varios gobiernos hasta 1837 y desde el que organizó una densa red pública de escuelas primarias (las bases de ese sistema nacional francés de educación tan digno aún de encomio: los actuales neoliberales que tanto atacan la escuela pública suelen olvidar que no fue invento de “rojos”, sino de políticos liberal-conservadores), creó las escuelas normales para formar a los maestros y restableció la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la que se convirtió en seguida en miembro. Fundó la *Société de l'Histoire de France* con ayuda de Thiers, Barante, Mignet, Fauriel, Raynouard, Guérard “y otros conocidos eruditos”.<sup>24</sup> Fue elegido, en 1833 y en 1836, para ocupar sendos sillones en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y en la Academia Francesa. Y publicó algunos escritos históricos pese a su frenética actividad política. Entre 1840 y 1848 fue ministro de asuntos exteriores (y coincidió en el gobierno con Villemain, su compañero de purga en 1822, ministro de instrucción pública). Desde 1847 presidió el Consejo de Ministros, culminando así su carrera, aunque de hecho era el hombre fuerte del gobierno desde el inicio mismo de la década. Además, entre ministerio y ministerio, ejerció como embajador en Londres en 1840, en los albores de la era victoriana. Asimismo resultó reelegido reiteradamente como diputado por Lisieux. Claro está que en su vida política encontró rivales —el más aguerrido, sin duda, fue Thiers, otro historiador—, pero fue el gobernante con mayor relieve del período y el que en verdad “consolidó la libertad de los franceses”, en opinión del filósofo Julián Marías,<sup>25</sup> fiel trasunto en este caso de su maestro José Ortega y Gasset, rendido admirador, a un siglo justo de distancia, de Guizot y los doctrinarios, “a mi juicio”, esto es, al de Ortega, “lo más valioso que ha habido en la política del continente durante el siglo XIX”.<sup>26</sup> Un auténtico hombre de estado.

Las ideas políticas guizotianas se afinaron merced al ejercicio efectivo del poder. El gobierno de los capaces pasó a ser entendido como el gobierno de los más ricos, de la gran burguesía: la posesión de dinero se entendió como prueba de la posesión de capacidad.<sup>27</sup> El sufragio censitario garantizaría que la política permaneciera en buenas manos, lejos de la chusma ignorante e incapaz. Ahí es donde encuentra sentido ese “enriqueceos” (“por el trabajo y el ahorro”, que es como se ha de completar la cita) que constituye quizá la expresión más conocida del hugonote nimeño. Quien se enriquece más allá de cierto punto demuestra su capacidad y merece votar. El sufragio universal se torna manifiestamente

inconcebible desde esta perspectiva. El elitista Guizot, por tanto, repudiaba la democracia. Con lo que él, que se creía situado en el centro, *au juste milieu*, y que además era hombre muy estirado, antipático (“como Buster Keaton”, escribe Ortega, “el hombre que no ríe”),<sup>28</sup> pasó a ser visto por una parte importante de la sociedad francesa como lo que en realidad era a esas alturas de la historia, un conservador como la copa de un pino, un individuo inmovilista, a la derecha, decidido a impedir cualquier tipo de reforma democratizadora. La impopularidad de Guizot creció con el tiempo y el “país legal” y el “país real” —una distinción establecida nada menos que por Royer-Collard— se ensanchó. La mediana y pequeña burguesía, apartada de la ciudadanía activa —no eran bastante “capaces” en su miope perspectiva—, y los obreros, afectados por una dura coyuntura económica, se encontraron en la orilla opuesta a la de Guizot, comparando barricadas.<sup>29</sup>

En efecto, en febrero de 1848 una revolución nació de ese descontento tan amplio como profundo. Y esta vez se hizo contra él, que no la esperaba. Para salvar la vida hubo de huir y exiliarse a Londres. La monarquía fue abolida, se proclamó la república y se adoptó el sufragio universal (masculino, por supuesto). Guizot se sintió acabado: “Los acontecimientos de febrero han caído en Francia como un relámpago”, escribió al duque de Broglie. La sorpresa, el estupor del derribado derivaron en incompreensión. El historiador francés Pierre Rosanvallon —el mayor experto vivo en el pensamiento de Guizot— ha hablado al respecto de una “ruptura de inteligibilidad”.<sup>30</sup> El exilio solo duró un año. Pero su tiempo como *prima donna* de la política había pasado. No el de historiador ni el de memorialista, afortunadamente. Entre las numerosas obras que publicó tras su eclipse político destacan los dos tomos de la *Histoire du protectorat de Richard Cromwell et du rétablissement des Stuarts*, editados por Didier en París, que en 1856 completaron su historia de la revolución inglesa, y sus *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps* (8 volúmenes publicados entre 1858 y 1867 por Michel Lévy Frères, también en París). En esos días el poder lo ocupaba, como emperador, otro Bonaparte que nunca fue santo de su devoción: Napoleón III. Al contrario, Guizot fue un opositor insobornable a las autoridades de ese Segundo Imperio que no llegó ni a mala copia del primero, frecuentó los salones más hostiles al poder y utilizó sus tres sillones académicos, en especial el de la Academia Francesa, para continuar ejerciendo una influencia (por ejemplo, a la hora de cooptar a los candidatos a ingresar en tan reputadas instituciones) que llegaba un poco más allá de los estrechos muros de aquellas doctas casas. Los “inmortales” de la Academia, católicos y orleansistas en su inmensa mayoría, configuraban, dada su aura de prestigio, una de las instituciones a las que Napoleón *le petit* —tal como lo bautizó Victor Hugo en panfleto famoso— no podía sujetar con mano de hierro. Acaso haya que considerar algo casual que una de las biografías modernas más completas de Guizot se deba a uno de los “inmortales” de ahora mismo, ya que su autor la escribió cuando todavía no era académico, pero no tanto que éste se apellide Broglie.<sup>31</sup>

Rosanvallon, calificó a Guizot de Gramsci de la burguesía.<sup>32</sup> Me parece una identificación afortunada y disiento

de Jean-Mauricie Bizière y Pierre Vayssière, historiadores franceses que la tildaron de “*formule provocante*”.<sup>33</sup> Rosanvallon es el autor del mejor libro sobre Guizot que se haya escrito, ese *Le moment Guizot* ya citado en nota y en cuyo título apreciamos un homenaje al enorme *The Machiavellian Moment* de J.G.A. Pocock.<sup>34</sup> Nombrar a Guizot y a Gramsci juntos es sugerir que uno y otro hallaron en la historia el nutriente que habían de metabolizar para obtener su respectiva energía política, una energía y un pensamiento que ponían al servicio de los intereses de sus respectivas clases sociales. El estudio del pasado era, para ambos, un arma para las luchas del presente. Y es que la historia, en sus manos, suministraba “verdad política”.<sup>35</sup>

En efecto, la historia era concebida como un saber imprescindible para los políticos del tiempo de Guizot (también para los de Gramsci; no sé si tanto para los de ahora). En aquel “momento” apasionado y apasionante, romántico e historicista, la retórica del pasado se convirtió (y lo siguió siendo después) en un contenido esencial de los discursos legitimadores de estados y gobiernos, de la clarificación de los ideales de grupos en conflicto y de la definición de sus respectivos proyectos de futuro. El añejo uso político de la historia hizo sitio a un nuevo uso histórico de la política. La historia “se consolidó como la ciencia por antonomasia” de la revolución liberal-burguesa.<sup>36</sup> Igual se la invocaba para exigir cambios que para oponerse a ellos. Lo mismo podía servir para atar que para soñar. Las representaciones del ayer interactuaban con las necesidades del hoy y los planes para el mañana. Por ello no era extraño que en muchos hombres (las mujeres estaban excluidas de las cátedras, de los parlamentos y de los censos electorales) el historiador y el político coincidieran, que el historiador se hiciera político o que el político buscara y encontrara en la historia no solo la munición que requería para sus alegatos (eso que ahora se llama el argumentario), sino, más aún, los mimbres con los que tejer aspectos sustanciales de su programa político.

No ha de sorprendernos, por tanto, que Guizot, sobre todo en la intensa época que ocupó el Ministerio de Instrucción Pública, se dedicara a organizar, orientar y desarrollar la vida historiográfica francesa. Uno de los mejores especialistas en historia de la historia fallecido no hace mucho, Charles-Olivier Carbonell, enumeró las instituciones estatales relacionadas con el estudio y gestión del pasado que fueron creadas, restauradas o reformadas por iniciativa suya. Así, al ya aludido restablecimiento de la Academia de Ciencias Morales y Políticas siguió en 1834 la creación del Comité de los Trabajos Históricos, instancia clave para desplegar el más vasto esfuerzo de acopio de documentación histórica que haya conocido Francia; después estableció la Comisión de los Monumentos Históricos y su correspondiente cuerpo de inspectores. Más tarde, ejerciendo, de hecho o *de jure*, la presidencia del Consejo de Ministros, su gobierno fundó en 1846 la Escuela Francesa de Atenas y reformó en 1847 la enseñanza en la *École des Chartes* (centro en que se formaba a archiveros y bibliotecarios). Gracias a él la historia se convirtió en una “institución nacional”, como dijo Augustin Thierry.<sup>37</sup>

Y es que en Guizot, el político y el historiador son uno y el mismo. No hay incompatibilidad alguna entre reflexión

y acción, ningún trastorno bipolar escinde dos facetas que se retroalimentan sin desmayo. Ni doctor Jekyll ni mister Hyde: un ser humano de una sola pieza. El liberal doctrinario defensor —e inventor en compañía de otros— de la monarquía constitucional leía la historia a través de sus anteojos, la fabricaba con sus herramientas y modelaba las instituciones sociales y políticas de su tiempo sobre esa lectura y esa fabricación, que a su vez era resultado de las exigencias inscritas en el presente. “Lo que oía y veía el historiador francés era la verdad histórica de la *révolution moderne*”, según una opinión de los profesores Carreras y Forcadell que remite a Rosanvallon, y en toda Europa esa verdad “apuntaba a la síntesis institucional entre monarquía y representación, que iba a constituir el régimen parlamentario”, por un lado, y “a la síntesis social que expresará el gobierno de las *classes moyennes*”.<sup>38</sup> O lo que es lo mismo, al modelo de estado que estaba contribuyendo a crear y al tipo de sociedad que había de beneficiarse de tal régimen y de sostenerlo.

También en Thiers se reúnen con fortuna el historiador y el político, aunque el segundo aspecto brille más que el primero. Asimismo en Villemain. ¿Y qué decir de Alexis de Tocqueville o de Louis Blanc? Algo parecido ocurre en España con Francisco Martínez de la Rosa, con el conde de Toreno, con Emilio Castelar o con Antonio Cánovas del Castillo, que como políticos protagonizaron la historia de su tiempo y, a la vez, escribieron historia de otros tiempos y del suyo. Modesto Lafuente, sin duda el historiador más prominente de la España isabelina, fue diputado por León en ocho legislaturas.<sup>39</sup> Es más, todos los autores que aquí emularon el libro más famoso de Guizot en la década de 1840 y ofrecieron, con éxito y calidad dispares, sus propias historias de la civilización (europea o española), es decir, los Eugenio de Tapia, Fermín Gonzalo Morón, Antonio Gil de Zárate, Juan Cortada y Pedro José Pidal, estuvieron en primera o segunda fila de la actividad política liberal: casi todos llegaron a diputados, alguno a director general, Pidal a ministro. Igual ocurrió con Jaime Balmes y Juan Donoso Cortés, a quienes no podemos tildar de historiadores, pero que se destacaron como críticos feroces de la interpretación histórica del autor francés (considerar, como hacía éste, la defensa del libre examen propiciada por el protestantismo como factor del progreso de la civilización europea era, para la sensibilidad católica de ambos, poco menos que anatema): ambos anduvieron metidos en política hasta las cachas.<sup>40</sup> En otros países el panorama se muestra similar. Cesare Cantù, el historiador italiano con más proyección internacional a mediados del XIX, fue diputado en el parlamento del Reino de Cerdeña, primero, y del Reino de Italia tras la unificación. Pasquale Villari se sentó en el Senado. Michele Amari fue ministro en Sicilia con Garibaldi y más tarde ocupó una silla en el gobierno italiano (la de Instrucción Pública, por supuesto). Johann Gustav Droysen estuvo en 1848 en el famoso Parlamento de Frankfurt que pretendió, y no consiguió, unificar Alemania. Heinrich von Treitsche destacó en el Reichstag bismarckiano. La carrera política —tanto parlamentaria como administrativa— del *whig* Thomas Macaulay fue brillante... Y eso por citar únicamente, y tomados un poco al azar, a historiadores europeos de campanillas coetáneas, en sentido lato, de François Guizot. Pero éste supera a

cualquiera de los mencionados como ejemplo más acabado de la fusión entre quien estudia la historia y quien la hace con plena conciencia, desplegando una inagotable actividad como sabio y como político, como actor y como testigo de su tiempo.<sup>41</sup>

Ya bajo la Tercera República, el anciano Guizot, que había de morir en septiembre de 1874, siguió dando muestras de su talento como historiador. En 1872 Hachette editó en París el primer tomo de *L'Histoire de France depuis les temps les plus reculés jusq'en 1789 racontée a mes petits-enfants*, una obra que se completaría, gracias a su hija, después de su muerte. El nuevo régimen, cuyo primer presidente fue su viejo rival Adolphe Thiers, le confió la presidencia de una comisión destinada a estudiar los proyectos de enseñanza superior. Muchos jóvenes republicanos eran conscientes de la notoriedad que Guizot conservaba, y que da la impresión que ya estaba más unida a su prestigio de historiador que al recuerdo que había dejado como político. Uno de los grandes pensadores del momento, el filósofo Charles Renouvier —el creador de ese operativo neologismo para definir los desarrollos históricos derivados de hipótesis contrafactuales que es “ucronía”— reconocía en 1872 que las tesis de la *Histoire de la civilisation en Europe*, su libro más reputado, “*son devenues classiques*”.<sup>42</sup>

## 2. LA HISTOIRE DE LA CIVILISATION EN EUROPE EN SU CONTEXTO.

Retornemos a 1828 y centrémonos en el curso de historia moderna que impartió ese año François Guizot en la Sorbona para tratar de entender por qué acabaron elevados, tanto el autor como su libro, a los altares laicos de la historiografía. A fin de cuentas, la historia es una de las ramas más frondosas del saber humano, la cantidad de profesionales y de aficionados que se han aglomerado —y se aglomeran— para cultivar su huerto sin valla quizá no tiene parangón, y el volumen de papel impreso que han llegado a generar es tan descomunal que supera todo lo digerible y todo lo imaginable (parece que solo la literatura de ficción goza de mayor fecundidad). Gran parte de la producción historiográfica ha tenido y tiene tiradas escasas y una difusión restringida. En los dos últimos siglos los historiadores han sucumbido más y más a la brujería de la especialización, se han encerrado en nichos cada vez más estrechos (temporales, geográficos, temáticos) y han acabado, sobre todo desde hace medio siglo, escribiendo para la bandada de colegas que reposan en su misma rama. Una porción pequeña de lo publicado llama algo más la atención, encuentra lectores en círculos de mayor amplitud e influye en autores que no comparten el exclusivo nicho del merecedor de tan grato premio. Pero han sido y son relativamente pocas las obras que conocen las mieles de la reedición o la traducción a otras lenguas, o las que alcanzan algún éxito entre eso que se llama el gran público. Las que dejan una huella tan duradera que rebasa su tiempo y su espacio resultan, en términos relativos, turbadoramente escasas.

El libro que nos ocupa de Guizot, ayer famoso y aún “clásico” hoy —un hoy en que, como sucede a tantos otros clásicos, acaso sea más citado que leído—, ha conquistado una relevancia universal que salta por encima de los lindes

estrictos del terreno historiográfico para tocar el mundo del pensamiento sin adjetivos. Durante casi dos siglos ha influido en filósofos, en sociólogos y en políticos, de Tocqueville o Stuart Mill a Marx y Ortega y Gasset.<sup>43</sup> En él han bebido ilustres novelistas y lectores cultos que buscaban algo más que matar las horas. Es como un *best seller* de corredor de fondo. Lo de los novelistas, por cierto, no es hablar por hablar. Armando Palacio Valdés, narrador asturiano nacido en 1853, recordó en sus memorias la pasión con la que leyó y releyó la *Historia* de Guizot en sus años mozos. La huella del impacto aún estaba presente en 1921:

Más de todas las obras que entonces leí la que me dio más golpe y logró cautivarme fue la *Historia de la civilización europea*, de Guizot. Estas lecciones, profesadas en la Sorbona, fueron para mí una revelación y me iniciaron en lo que llamamos filosofía de la historia. A tal punto me impresionaron que después de haberlas leído varias veces resolví aprenderlas de memoria. Y así lo puse por obra: leía una lección repetidas veces y luego cerraba el libro y la escribía, resultando transcrita al pie de la letra.<sup>44</sup>

A pesar del ralo velo de olvido con que la obsequia el imparable paso de los años, a pesar de su desconocimiento por tantas gentes de ahora que de ninguna manera podríamos calificar de ignorantes, la en su día novedosa *Histoire de la civilisation en Europe* de Guizot no solo da la medida de la cultura y del genio su autor, sino que, a mi parecer, forma parte del patrimonio inteligente de la humanidad, un patrimonio intangible, en cuanto se compone de ideas, y a la vez tangible, en cuanto éstas están recogidas en un objeto físico llamado libro. No estará de sobra, pues, que analicemos su contenido para tratar de captar su espíritu (o, si os gusta un lenguaje con más intriga, para descubrir su secreto).

Lo primero que cabe advertir es que nos encontramos ante una obra pensada, en principio, para ser expuesta oralmente ante un auditorio: un curso se compone de lecciones, y las lecciones *se leen* por el profesor en voz alta, aunque lo que tenga delante pueda ser un escrito bien acabado, completo, que puede o no ser alterado durante el acto, o únicamente un esquema o guión que se rellena a medida que la exposición avanza. Hay profesores, obviamente, que no necesitan físicamente ese escrito y lo llevan en su cabeza. Decir lección es decir clase magistral. En todo caso una lección —una clase magistral— es una representación, una *performance* que suele tomar la forma de monólogo (aunque no necesariamente, pero así era en la época de Guizot) en la que el único actor “enseña”, es decir, transmite un mensaje apodíctico desde una reconocida posición de autoridad (*ex cathedra*) a unos receptores tenidos por menos duchos —o por nada duchos— en la correspondiente materia. Toda lección ha de lidiar con ciertos condicionantes: un tiempo limitado, unas condiciones del aula, un número de alumnos que no puede dispararse, el nivel previo de esos alumnos, su buena o mala predisposición, su entusiasmo o su cansancio... Raramente el profesor puede elegir a su auditorio. Tampoco está en su mano aislarse del amplio entorno que gravita sobre sus actividades: la relevancia que en cada momento histórico se da

a su materia, la facilidad o las cortapisas que las autoridades académicas o políticas ponen para enseñar una cosa u otra, las presiones, coacciones o incitaciones que provienen de más allá del ámbito disciplinar o educativo (de la sociedad, de la economía, de la ideología dominante o de las que se erigen en alternativas)... Toda lección honesta es un acto de persuasión en que el profesor, convencido de tener la razón de su parte (al menos en los tiempos modernos; antes pensaba que quien estaba de su parte era Dios), aspira a salir triunfante y dejar en la mente de cada uno de sus oyentes todo cuánto cada cual haya sido capaz de haber adquirido —de haber aprendido— de su sabiduría, de su ciencia. Pero se trata, hay que insistir, de un acto de persuasión históricamente contextualizado, que no se realiza en una burbuja esterilizada, sino en pleno contacto con el aire denso e impuro de cada momento histórico, un aire que impone sus propias condiciones de posibilidad y abre o cierra expectativas. Y que en ocasiones aconseja cautelas.

Guizot expuso desde 1828 sus lecciones en un entorno político nada apacible, como ya se apuntó antes. Tras seis años de obligada mudez, recuperó su cátedra y pudo impartir un nuevo curso, algo que los liberales, doctrinarios o no, celebraron como una victoria política. Pero su futuro seguía cubierto de negros nubarrones. Carlos X era más reaccionario que su hermano y los ultras podían regresar al poder en cualquier momento —como así ocurrió— y poner al hugonote de Nimes otra vez de patitas en la calle. Eligió como tema el desarrollo de la “civilización” moderna en Europa. Había que tener cuidado. En aquel tiempo los profesores a lo Guizot (o a lo Cousin, o a lo Villemain) no se dirigían a los estudiantes, sino, como ha recordado el historiador francés Antoine Prost, “a un auditorio cultivado, que acudía en gran número en una época en que las reuniones públicas requerían autorización previa y la prensa estaba vigilada”.<sup>45</sup> Sabía que sus palabras iban a tener repercusión, que sus clases tomarían un inevitable cariz político, que la historia en sus manos podía ser una poderosa arma de lucha a favor de esa monarquía constitucional que defendía, en la que el rey y el gobierno representativo cohabitaran. No era un simple estudioso del pasado, sino un protagonista de un debate político en el presente y para el presente y el futuro. Suponía quizá que el público no permanecería pasivo, que aplaudiría al orador cuando lo complaciera, porque un aplauso para el profesor recuperado valía como un abucheo a los ultras que lo habían acallado. La historia en sí, ha recordado Prost, era “materia sospechosa para los reaccionarios, ya que, en principio, supone aceptar la Revolución, verla como un hecho susceptible de ser explicado, y no como un error, una falta o un castigo divino”.<sup>46</sup> Ahora bien, había que evitar que el curso cayera en un ejercicio descarado de propaganda política, darle un tono de descarnado rigor para neutralizar de antemano las llamadas a la polémica. Uno de los mejores conocedores de la historiografía decimonónica, George P. Gooch, destacaba ya hace más de un siglo que la fama mundial de Guizot se basó en esas lecciones que impartió entre 1828 y 1830:

Dejaba en sus oyentes una impresión imborrable. Jules Simon declaró que era la elocuencia misma;<sup>47</sup> pero a la

inversa de casi todos los hombres elocuentes, se expresaba con gran concisión. Entonces excluía rigurosamente las alusiones políticas. Aparecía ante su público para tratar de los asuntos humanos como si estuviera por encima de las mezquinas luchas de la humanidad.<sup>48</sup>

La circunspección retórica del sabio se puede entender, pues, como un tributo pagado a la cautela que exigía el azaroso momento histórico en que vivía (tan azaroso, recordémoslo, que se resolvió en una revolución). Guizot no lo oculta. En las primeras frases que pronuncia desde el estrado recomienda prudencia y calma a sí mismo y a sus oyentes, reclamando su complicidad:

Porque, al volver aquí, me parece que todo debe volver, que nada ha cambiado. Sin embargo, señores, todo ha cambiado, y cambiado mucho. Hace siete años no estábamos aquí más que con inquietud, preocupados por un sentimiento triste, pesado; nos sabíamos rodeados de dificultades, de peligros; nos sentíamos arrastrados hacia un mal que inútilmente, a fuerza de gravedad, de serenidad, de reserva, tratábamos de desviar. Hoy llegamos todos, vosotros como yo, con esperanza y confianza, el corazón en paz y el pensamiento libre. No tenemos, señores, más que mostrar dignamente nuestra gratitud: aportar a nuestras reuniones, a nuestros estudios, la misma calma, la misma reserva que cuando temíamos cada día verlos entorpecidos o suspendidos. La buena suerte es delicada, incierta, frágil: la convalecencia exige casi los mismos cuidados, la misma prudencia que las proximidades de la enfermedad. La tendréis, señores, estoy seguro.<sup>49</sup>

Dedicar el renacido curso a la historia de la civilización en Europa demuestra asimismo la habilidad de Guizot para moverse en tan procelosas aguas sin despertar antes de tiempo a la recelosa bestia ultra. Si del historiador se esperaba que enseñara hechos, no ideas, habría que convertir el sujeto de su discurso, la “civilización”, en un hecho. Si encerrarse en la historia francesa podía generar susceptibilidades de consecuencias imprevisibles, mejor poner todo el continente como ámbito declarado de estudio: “hay una civilización europea” y su historia “no puede ser extraída de la historia de uno solo de los Estados europeos”, sostiene Guizot, lo que no obsta para afirmar que “cuando se quiere estudiar la historia de este gran hecho, no es una elección arbitraria ni convencional tomar a Francia por centro de este estudio”.<sup>50</sup> Leído entre líneas, el mensaje político emitido era diáfano. Pero el envoltorio se mostraba más inocuo en apariencia. Y aunque dudo que eso engañara a los ultras más perspicaces, con toda seguridad les creaba dificultades para solicitar que se emplearan contra el autor y su obra los resortes de la maquinaria represiva. No resultaba tan fácil buscar una excusa. La situación política de la Francia de la Restauración, con su Carta, con su administración post-revolucionaria, con su libertad religiosa (aunque el catolicismo hubiera recuperado la condición de religión del Estado), distaba mucho, por ejemplo, de la existente en la España negra de Fernando VII, con su absolutismo redivivo, su brutal persecución de los disidentes y sus estertores inquisitoriales. Había Pirineos.

3. LA CIVILIZACIÓN COMO HECHO Y COMO PROGRESO. La civilización, efectivamente, es un “hecho” para Guizot. Y “un hecho como cualquier otro, un hecho susceptible, como cualquier otro, de ser estudiado, descrito, contado”. Pero un “hecho totalizador”, en la terminología del profesor Bermejo Barrera, ya que, como ocurre con “nación” —otro ejemplo de “hecho totalizador”— no se toma como un modelo o una abstracción y “tiene la capacidad de conformar y estructurar a todos los restantes hechos”.<sup>51</sup> Hay, sostiene Guizot en su primera lección que presenta un tinte programático, distintos tipos de hechos: “hechos materiales”, como batallas y guerras, “hechos morales”, escondidos pero reales, y “hechos generales, sin nombre, a los que es imposible señalar una fecha precisa, encerrar en límites rigurosos, y que no son menos hechos que los otros, hechos históricos que no pueden ser excluidos de la historia sin mutilarla”. Estos hechos generales e innominados, que incluyen “las relaciones de los acontecimientos, el lazo que los une, sus causas y resultados” son indudablemente “más difíciles de separar” y “es trabajoso animarlos, presentarlos bajo formas claras, vivas; pero esta dificultad no cambia su carácter” ni por eso “dejan de constituir parte esencial de la historia”. La civilización, afirma Guizot, “es uno de esos hechos”, un hecho general, complejo y muy difícil “de describir y contar”. Y además un hecho universal que alcanza la historia de todo el género humano: “estoy persuadido de que hay, en efecto, un destino general de la humanidad, una transmisión del depósito de civilización, y, por consiguiente, una historia de la civilización que escribir”. Una historia, añade, que “es la más grande de todas” y abarca a las restantes. Con lo que la civilización se convierte en una especie de hecho de hechos o de madre de todos los hechos: “el hecho de la civilización es el hecho por excelencia, el hecho general y definitivo en que desembocan y se resumen todos los demás”.<sup>52</sup> Y estudiar la historia de la civilización es igual a preguntar por el sentido de la marcha de la historia, a establecer las etapas mediante las cuales la humanidad cumple ese destino único y general en que cree Guizot.

La civilización es, por tanto, una noción que aspira, en palabras del historiógrafo Franck Laurent, “a una racionalización general de lo real, a una aprehensión englobante y significativa del hecho humano en todas sus formas”.<sup>53</sup> Tanto el carácter fáctico como el totalizador de la civilización invitan, pues, a historiarla, a hacer de ella un objeto histórico de extrema importancia, porque “la civilización es una especie de Océano que hace la riqueza de un pueblo y en cuyo seno todos los elementos de la vida del pueblo, todas las fuerzas de su existencia van a reunirse”.<sup>54</sup> Sin embargo fijar con exactitud una definición de qué es esa civilización convertida en objeto del historiador, objetivada para su estudio, es harina de otro costal. Guizot se niega a hacerlo desde una óptica filosófica —“me cuidaré mucho de caer en la pura filosofía”— o científica —“las definiciones científicas son, en general, mucho más estrechas y, por esto, en el fondo, menos verdaderas que el sentido popular de los términos”—, remitiéndose a la comprensión general que el uso habitual del término demuestra: “Desde hace mucho tiempo y en muchos países se usa la palabra *civilización*; a ella se adhieren ideas más o menos claras, más o menos difusas, pero, en

definitiva se usa y se comprende”. Suele haber más verdad en la “acepción usual de los términos generales” que en las definiciones científicas, advierte. “El buen sentido es el que da a las palabras su significación común, y el buen sentido es el genio de la humanidad”.<sup>55</sup> Por ello Guizot opta por escudriñar el contenido del término de acuerdo a su uso común, al “buen sentido de los hombres”, para llegar a un resultado que no debería sorprendernos si consideramos cuáles eran las ideas-fuerza entonces en boga: “el primer hecho que está comprendido en la palabra *civilización*”, concluye, “es el hecho del progreso, del desarrollo; que suscita la historia de un pueblo que anda, no para cambiar de lugar, sino para cambiar de estado; de un pueblo cuya condición se ensancha y mejora”. Guizot remata: “La idea del progreso, del desarrollo, me parece que es la idea fundamental contenida en la palabra *civilización*”.<sup>56</sup> Con lo que decir historia de la civilización en Europa equivale a decir historia del “progreso”, del desarrollo en Europa. “La historia de la civilización de Guizot es una historia del progreso”, afirmaba taxativamente Rosanvallon.<sup>57</sup> *La historia de la civilización en Europa* podría leerse, pues, como una *Historia del progreso en Europa*, un título virtual en el que el progreso se convierte en un término expuesto —y, por tanto, objetivable— a la curiosidad del historiador.<sup>58</sup>

Ahora bien, avanzar a partir de aquí también es complicado. Elucidar cuál es ese progreso, ese desarrollo, es la siguiente tarea que afronta el profesor Guizot ante su entregado auditorio (las ediciones decimonónicas del libro, en su lengua original o traducidas, incluyen algunas acotaciones —“Mr. Guizot parece conmovido y se detiene un momento”, “movimiento”, “aplausos”—<sup>59</sup> que no figuran en la edición novecentista que utilizamos y que nos recuerdan que estamos ante una lección pública). “La primera idea que se ofrece al espíritu de los hombres” en esa sinonimia guizotiana entre progreso y civilización es el perfeccionamiento de la vida civil, “de las relaciones de los hombres entre sí”. O, lo que es lo mismo, consiste en “la extensión, la mayor actividad y la mejor organización de las relaciones sociales”, tanto de “una producción creciente de medios de fuerza y de bienestar en la sociedad” como de “una distribución más equitativa, entre los individuos, de la fuerza y del bienestar producidos”. Pero esa primera idea no sirve para dar razón completa del desarrollo civilizatorio. “Al instinto de los hombres repugna una definición tan estrecha del destino humano”. Se requiere incluir en el cuadro “el desarrollo de la vida individual, de la vida interior; el desarrollo del hombre mismo, de sus facultades, de sus sentimientos, de sus ideas”.<sup>60</sup> Guizot reúne ambos aspectos con maestría:

Dos hechos están, pues, comprendidos en este gran hecho, que subsiste bajo dos condiciones y se revela en dos síntomas: el desarrollo de la actividad social y el de la actividad individual, el progreso de la sociedad y el progreso de la humanidad. En donde la condición externa del hombre se extiende, se eleva y mejora; en donde la naturaleza íntima del hombre se muestra con fulgor y con grandeza, en estos dos signos —y frecuentemente a pesar de la profunda imperfección del estado social— el género humano aplaude y proclama la civilización.<sup>61</sup>

Civilización y progreso eran, en realidad, dos conceptos que los abuelos ilustrados habían dejado como herencia a la generación de Guizot. John Bury, profesor de la Universidad de Cambridge, estudió los orígenes y evolución de la idea de progreso en un conocido libro editado en 1920 que tal vez se avanzó a su tiempo, que es una auténtica joya de la historiografía británica, y que abrió la senda por la que han avanzado muchos otros historiadores posteriores. Según él, la idea de progreso significa que “la civilización se ha movido, se mueve y seguirá moviéndose, en la dirección deseable”.<sup>62</sup> Sustituyamos “civilización”, que es palabra bastante posterior al surgimiento del concepto de progreso —y cuya presencia en la definición buryana no deja de ser una huella de Guizot—, por “humanidad” o “historia humana”, y tendremos, a mi parecer, más claro lo que se quiere decir: la humanidad, o la historia humana, se orienta mediante sucesivas mejoras hacia una meta que no está fuera de este mundo (lo que no significa que se niegue la existencia de realidades trascendentes, sino que la historia, en la práctica, se puede explicar sin remitirse a la Providencia). “La esperanza de lograr una sociedad feliz en este mundo para las futuras generaciones”, explica este autor, “ha venido a reemplazar, como centro de movilización social, a la esperanza de felicidad en otro mundo”.<sup>63</sup>

En Guizot, por cierto, ese sentido “profano” del progreso coexiste con un uso en el fondo retórico de la apelación a la Providencia. No deberíamos esperar de un hugonote declarado como Guizot una ausencia total de Dios en su historia. Las referencias a la Providencia existen en su discurso y a veces su presencia es tan rotunda que estamos a punto de pensar que nuestro elocuente autor es un providencialista a lo Bossuet: “La civilización europea ha entrado, si se me permite decirlo, en la eterna verdad, en el plan de la Providencia, y camina según las vías de Dios. Es el principio racional de su superioridad”, afirma, por ejemplo, en una de sus lecciones.<sup>64</sup> Quizá Guizot lo creyera así, y no hemos de acusarlo de tomar el nombre de Dios en vano. Pero en su relato la Providencia no actúa más allá de conocer, en su omnisciencia, ese plan: no premia ni castiga, no interfiere eficazmente en la profana concatenación de causas y consecuencias que conforman la historia. Ni es una fuerza necesaria ni activa en ella. Hay un ejemplo de una obra anterior de nuestro autor que acaso aclare mejor cuál era su posición real. Se trata de la cita con que Gervasio Gironella abre su biografía de Guizot, ya mencionada, y que está extraída de una obra de éste que no fue traducida nunca al castellano, *Del gobierno de Francia desde la restauración* (1820). Se puede leer:

¡Seguramente! La Providencia no ha decretado que el orden público y la libertad de los ciudadanos fueran incompatibles; que lo justo no pudiera subsistir con lo que es seguro: nos ha dejado el trabajoso encargo de descubrir el secreto de tan noble maridaje; pero no revelándolo al mundo desde los primeros días, no lo ha condenado a ignorarlos para siempre, y sería abandonar la obra de Dios, el renunciar a tan santa investigación.<sup>65</sup>

Puede que el Dios de Guizot tenga un plan, pero no decreta los sucesos de la historia. En todo caso obliga desde lo

alto a indagar para conocer el plan, los sucesos y la historia. Los curas de antaño —y supongo que los de hogaño— distinguían entre ateísmo teórico (afirmar que Dios no existe) y ateísmo práctico (vivir como si Dios no existiera). El creyente Guizot, en historia, y aunque tenga a la Providencia a menudo en la boca, hay que reconocer que se mueve en su relato como un ateo práctico.

Bury —volvamos a él— rastrea la prehistoria del concepto de progreso en “los trescientos años” que los países europeos emplearon “para pasar del clima mental del Medioevo al del mundo moderno”. En este periodo, que va del siglo XIV al XVII —es decir, en el Renacimiento entendido en sentido amplio—, el autor empieza a hallar los brotes verdes —en Bodin, en Le Roy, en Bacon, en Descartes, en Pascal, en los participantes en la querrela entre antiguos y modernos, en Hakewill, en Glanvill, en la creación de la Royal Society— que en el siglo XVIII se tornaron en planta madura. En los primeros compases de aquella centuria *éclairée*, Fontenelle formula “los puntos esenciales de la doctrina del progreso del saber” y su amigo el *Abbé* de Saint-Pierre amplía la teoría del progreso indefinido “hasta abarcar el progreso hacia la perfección social”. Más adelante Voltaire osa afirmar que “la vida en París, Londres o Roma de su época es infinitamente preferible a la vida en el Edén” y Turgot, autor en 1750 de un *Tableau philosophique des progrès successifs de l'esprit humain*, “concibe la historia universal como el progreso constante, aunque lento, de la raza humana como un gigantesco todo, a través de periodos alternativos de calma y de crisis, hacia una mayor perfección”. Los fisiócratas —Quesney, Mirabeau, Mercier de la Rivière...— y los enciclopedistas —con Diderot y D'Alembert a la cabeza— dan por sentado “que el fin de la sociedad es la obtención de la felicidad terrestre por sus miembros y que ésta es la única razón de ser de los gobiernos”. Condorcet compone, en plena revolución y mientras se oculta de Robespierre, su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, que sitúa como meta del progreso político la igualdad entre los individuos y “todos los pueblos de la tierra”. En Inglaterra, Smith, Ferguson, Dunbar o Priestley ponen su granito de arena en la clarificación de la idea. En Alemania, Wolf, Lessing, Herder y el mismísimo Kant especulan sobre el progreso. Bury sitúa en su exposición a Guizot como un eslabón más de esa larga cadena que continuará con los buscadores de una ley del progreso: Saint-Simon y Comte. Las “conferencias sobre la historia de la civilización europea” de Guizot tenían una “clave que podía resumirse en la palabra Progreso”.<sup>66</sup>

También la aparición del término “civilización” ha sido bien estudiada. Lucien Febvre, nada más y nada menos, tituló su aportación a la *Première semaine internationale de synthèse*, celebrada en 1930, *Civilisation, le mot et l'idée*. El texto fue incorporado a su libro póstumo *Pour une histoire à part entière* y ahora se encuentra también disponible, con el título *Civilisation. Évolution d'un mot et d'un groupe d'idées*, en *Vivre l'histoire*, un volumen que recoge, entre otros materiales, los artículos reunidos en ese libro póstumo así como los que conformaron su famoso *Combats pour l'histoire*.<sup>67</sup> Un cuarto de siglo después de la incursión febvriana, en 1954, el lingüista Émile Benvéniste remozó el

tema en *Civilisation. Contribution à l'histoire du mot*, texto que fue recogido en sus *Problèmes de linguistique générale*.<sup>68</sup> De ambas contribuciones, y de alguna otra posterior, se deduce que la palabra como tal, como sustantivo (el verbo civilizar y el adjetivo civilizado, se emplearon antes), es usada por primera vez por el marqués de Mirabeau en *L'Ami des hommes*, obra suya que apareció en forma anónima en 1757, y se puede registrar también en un escrito del mismo marqués datado aproximadamente en 1768. Ahora bien, el concepto de civilización de Mirabeau no es aún el que casi en seguida había de triunfar como antónimo de barbarie o de salvajismo. Para el marqués, *civilisation* “es un proceso de lo que hasta entonces se llamaba ‘police’, un acto tendente a hacer al hombre y la sociedad más ‘policés’, el esfuerzo para atraer al individuo a observar espontáneamente las reglas de conducirse correctamente y para transformar en el sentido de una mayor urbanidad las costumbres de la sociedad”.<sup>69</sup> De este modo, Mirabeau consideraba la religión como el principal resorte de la civilización, “asociada a la sociabilidad”.<sup>70</sup> El sentido moderno del sustantivo —esa “significación común” que hemos visto en Guizot— se halla por vez primera en una obra francesa impresa en Amsterdam en 1766 (pero que estaba terminada en 1759, año de la muerte de su autor): *L'Antiquité dévoilée par ses usages*, de Boulanger. La obra fue publicada por el barón d'Holbach, que se sirvió de la palabra de manera reiterada, por lo que Febvre sugiere que se trata de una interpolación hecha por éste último en el escrito de aquel.<sup>71</sup> Sea Boulanger o sea d'Holbach el responsable del invento, lo que está claro es que en este caso, y en los del abate Baudeau, Dupont de Nemours, Lignet, Raynal, Diderot y tantos otros que lo siguieron casi de inmediato (entre 1766 y 1775 la expansión del término es notable), la civilización es el punto de llegada de un movimiento —que engloba las letras, el comercio, la riqueza— que alcanza una estabilidad relativa: un pueblo civilizado es aquel que ha conseguido un grado de “civilización” que puede tomarse como modelo. La palabra vino así a designar “un ideal profano de progreso intelectual, técnico, moral y social. La civilización son las *lucres*”, al decir de otro coloso de la historia novecentista, Fernand Braudel.<sup>72</sup> En 1798, *civilisation* forzó las puertas del *Dictionnaire de l'Académie*, que hasta entonces lo ignoraba.<sup>73</sup>

En Gran Bretaña el sustantivo se introdujo desde Francia con prontitud, sobre todo entre los fecundos escritores escoceses que estaban renovando la historiografía y fundando la economía moderna. En 1767 lo utilizó por primera vez el historiador Adam Ferguson en su *An Essay on the History of Civil Society*. En 1771, John Millar, profesor de la Universidad de Glasgow. En 1772, el patriarca de los biógrafos a la británica, James Boswell. Y en 1776, en fin, Adam Smith lo empleó repetidas veces en su archifamosa *An Inquiry into the Nature and Causes of Wealth of Nations*.<sup>74</sup>

En España, Juan Antonio Maravall —un nombre que no rechina al lado de los de Bury o Febvre— encontró la primera presencia de la palabra en un sainete de Don Ramón de la Cruz datado en 1763 y titulado simplemente así, “La civilización”. Aparición tan temprana —solo seis años posterior a su debut en francés— no encontró, sin embargo, continuidad por escrito hasta 1779 (lo que no implica que la palabra no

se usara, solo que no ha dejado registro), cuando reapareció en el primer tomo de las *Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la ciudad de Barcelona* de Antonio de Capmany. En 1785 el bibliógrafo Sempere y Guarinos la empleó en dos ocasiones en su *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III* y en 1788 en el prologo a su *Historia del lujo*. Antes de acabar el siglo XVIII “civilización” también se encuentra en un discurso de Meléndez Valdés (1791), en cartas de León del Arroyal (1792), en la traducción que un tal Tiburcio Maquieyra hizo de un compendio de la obra de Buffon publicado en París en 1784 y que se imprimió en Valladolid en 1798, y en *De la desigualdad personal en la sociedad civil*, de Ramón Campos (1799), donde se sostiene “que cada clase y grado de civilización tiene las costumbres y morales que le son propias”.<sup>75</sup> Lo que ejemplifica una idea que se abría camino, y esto es muy importante, entre los estudiosos de aquel intranquilo cambio de siglo: la existencia de una pluralidad de civilizaciones, lo que a medio plazo iba a requerir un uso en plural de la palabra. Algo que en francés ocurrió en 1819 según Febvre (en el libro *Le Vieillard et le Jeune Homme*, de Ballanche, donde se lee que “l’esclavage n’existe plus que dans les débris des civilisations anciennes”; hay quien ha hallado, sin embargo, el plural también en Mirabeau en 1767, pero sin continuidad),<sup>76</sup> en castellano en 1841, y que se generalizó a mediados del siglo XIX. Precisamente quien parece que empleó “civilizaciones” por primera vez en España fue uno de los admiradores y émulos de Guizot en estas tierras, el historiador valenciano —de Alberic— Fermín Gonzalo Morón, que en su *Historia de la civilización española* se atrevió a echar en cara al francés que “solo tuvo por objeto comprender y explicar la civilización de Europa”, y que el desarrollo que encontró en ella no se encuentra ni “en la civilización de la India y de la China, en la antigua de Egipto y de la de Persia”. Tampoco en las de Grecia y Roma. “La idea, pues, de progreso y desarrollo sucesivo, verdadera, exacta, al tratarse de la civilización moderna, es insuficiente y falsa, aplicada a las civilizaciones antiguas”.<sup>77</sup> Gonzalo Morón había puesto el dedo en la llaga: la historia de Guizot es eurocéntrica (en realidad, y como veremos, galocéntrica) y, por tanto, su concepto cosmopolita y normativo de civilización, heredado en su unicidad y universalidad de los ilustrados, no tiene valor particularizador ni pluralista, sino que nace como restrictivamente europeo. Y más aún, añadimos, restringido a esa parte “más civilizada” de Europa, a esa “pequeña Europa” —Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, España...— sin confines orientales bien definidos, que no requería ser precisada (aunque excluía a los territorios bajo dominio turco y no sabía muy bien qué hacer con los rusos). Por eso, con el tiempo, la civilización concreta que Guizot convirtió en materia histórica, en objeto de la historia, habría de ser adjetivada: civilización cristiana, civilización occidental...

El ilustre catedrático de la Sorbona, por tanto, se situó dentro de una larga cadena de pensadores europeos que convirtieron al progreso en una idea-fuerza positiva y con enormes virtualidades explicativas. Y adhirió a esa idea de un proceso dinámico de mejora en última instancia de la condición humana una palabra relativamente reciente como civilización,

que remitía más bien a la meta del camino y que presentaba asimismo claras connotaciones positivas, pero que tendió a designar igualmente el proceso. La historia de la civilización es, reiteramos, la historia del progreso, y la historia del progreso es, además, la historia hacia la civilización. La adición permitía dotar a la historia de un sentido ascendente y continuo hacia un fin —ese “ideal profano” que decía Braudel— situado dentro de este mundo (aunque se pueda creer, o no, que su curso esté conocido más que regido por la Providencia) y que, por tanto, parecía alcanzable o incluso logrado. Guizot no elegía nada mal sus armas en el combate a favor de la interpretación de la historia que más convenía al proyecto político que parecía tocar con la punta de los dedos, la anhelada monarquía constitucional.

En el brillante análisis socio-histórico guizotiano del que daremos detalles más abajo, el concepto de civilización es un sinónimo tanto para el progreso como para la “modernidad” de Europa.<sup>78</sup> Y es tanto un objeto de estudio como una realidad en la que él y sus oyentes vivían.<sup>79</sup> Porque el concepto de “civilización” amalgama en su discurso los dos aspectos que según el profesor Fernández Sebastián asumía desde sus mismos principios: “el componente dinámico-proyectivo, que parece otorgar un rumbo providencial a la sucesión de épocas y generaciones” y que implica que la historia no sigue un camino errático, sino que “encuentra todo su sentido en el paulatino despliegue del proceso de civilización”; y el “estático-empírico”, que “entiende por civilización un estadio social específico alcanzado gracias al desarrollo colectivo”.<sup>80</sup> Francia, para Guizot, es ya un país civilizado. Y Europa es, en conjunto, un continente ya civilizado, aunque sea de manera desigual. Pero el autor no es, al menos en apariencia, uno de esos recurrentes ilusos que creen llegado el fin de la historia: “sin duda, el pensamiento humano está muy lejos hoy de ser todo lo que puede llegar a ser; sin duda, estamos muy lejos de abarcar el porvenir entero de la humanidad”, asevera Guizot, y es que “la civilización y la sociedad son muy jóvenes” y “a pesar del camino que han recorrido les queda mucho más por recorrer”.<sup>81</sup> Lo que no quiere decir que el presente “civilizado” no sea a su juicio un punto de llegada, algo que podríamos comparar por nuestra parte a una meta volante como las dispuestas en las competiciones ciclistas: de momento, al menos, la historia terminaba en el triunfo de las clases medias.

El mundo en el que Guizot vive es presentado como mucho mejor que los anteriores y el catedrático anima a su numerosa audiencia a compartir “el placer que experimentamos al contemplar el estado actual”. La historia es, para él, un arduo itinerario hacia adelante que conduce hasta el mejorado hoy de ese “nosotros” reunido para la lección académica de la Sorbona:

Después de hacer pasar ante vuestros ojos las grandes crisis de la historia de la civilización en Europa desde hace quince siglos, veréis a qué punto, hasta nuestros días, la condición de los hombres ha sido laboriosa, tormentosa, dura, no solo fuera, en la sociedad, sino también interiormente, en la vida del alma. Durante quince siglos, el espíritu humano ha tenido que sufrir tanto como la especie humana. Veréis que, acaso por primera

vez, en los tiempos modernos, el espíritu humano ha llegado a un estado muy imperfecto todavía, a un estado donde, sin embargo, reina alguna paz, alguna armonía. Igual ocurre en la sociedad, que evidentemente ha hecho progresos inmensos; la condición humana es dulce, justa, comparada a como antes era.<sup>82</sup>

Con lo que el estudio de la historia presenta un valor de justificación del presente y de aurora de un futuro mejor que adopta cierto tono de mesurada complacencia y difunde un esperanzado sentido proyectivo. La historia agrada, a mi entender, al público de Guizot entre otras cosas porque anuncia, en días todavía brumosos pero superiores al ayer, un mañana más feliz y próspero, de brillante sol tras las penas del pasado, porque le dice que las cosas no han ido, en definitiva, tan mal (lo que además consuela: todo podría haber sido peor, y entonces el presente también sería más malo), y sugiere que irán aún mejor de ahora en adelante. Porque los pilares en que se asienta la civilización europea no puede ser más positivos: “justicia, legalidad, publicidad, libertad”.<sup>83</sup>

**4.** LA CIVILIZACIÓN COMO ITINERARIO CONFLICTIVO. Guizot, escribía el gran historiador René Rémond, pensaba que “hay una explicación a la historia”, que ésta “no es ininteligible”.<sup>84</sup> Si la inteligencia hace su trabajo, si el relato se presenta lógico, sólido, “científico”, como en seguida veremos que supo hacer magistralmente Guizot en su papel de Gramsci de la burguesía, sus posibilidades para conseguir la anuencia de un auditorio que buscaba argumentos en la pugna ideológica entablada con los rocosos ultras, y por tanto predispuerto a su favor, aumentan hasta hacerse formidables.

No hay mejor propaganda política que la que no se presenta como tal, sino como enunciación de verdades evidentes en sí mismas —por científicas o racionales— que además fundan una esperanza. Con ello se desacredita *a priori* la discrepancia por indocta o se desaconseja por agorera. En la consecución de ese estatus de científicidad, de racionalidad y casi de necesidad, la historia liberal guizotiana ganó por goleada la partida a su competidora, esa historia rancia y providencialista que defendían sus rivales ultras. A éstos les habría gustado eliminar de un plumazo a la Revolución de la historia y, al no ser tal deseo factible, la trataban como una excrecencia, como un doloroso absceso ya sajado que se podía reproducir y que les infundía tanto miedo como odio. Los jóvenes y no tan jóvenes burgueses que acudían a las clases de Guizot querían oír un relato distinto y mejor al contado por los retrógrados, nostálgicos de un idealizado tiempo antiguo que, a juicio de los liberales de cualquier color, no debía retornar. Que Robespierre se hubiera emborrachado de sangre o que Napoleón hubiera sucumbido ante las fuerzas combinadas de los estados europeos no podía desembocar en una especie de regreso desabrido desde el futuro, en un retraso de las manecillas del reloj del progreso. En el combate social, político e ideológico entablado en la Restauración necesitaban la voz de sus historiadores para incluir la revolución en la historia, no como una ruptura radical con los siglos que la habían precedido (posición ultra),

sino como una consecuencia histórica de ellos, para mostrar su “coherencia en el marco de una inteligencia global del movimiento de la civilización”.<sup>85</sup> Guizot ya había tomado nota de esa necesidad en 1820:

Se están haciendo esfuerzos hoy en día, y con mucha razón, para enlazar lo que somos a lo que hemos sido; se siente la necesidad de ligar los sentimientos a los hábitos, las instituciones a los recuerdos, de reanudar en fin la cadena de los tiempos que no se deja romper nunca del todo, por más que sean los golpes que se lleva.<sup>86</sup>

Reanudar la cadena de los tiempos, que era una expresión muy querida por los ultras, no significaba en sus labios, como ha explicado Franck Laurent, “restaurar la sociedad del Antiguo Régimen saltando por encima del paréntesis revolucionario”, sino aceptar plenamente los logros de la Revolución, resultado y “síntesis de todos los gérmenes y de todas las fuerzas desarrollados durante quince siglos de historia europea”.<sup>87</sup> El liberalismo, decía el profesor Carerras, “no se daba por contento con una justificación racional de sus pretensiones de gobierno”, sino que “quería algo más, pues no quería ocupar su espacio político como recién llegado”, exigiendo “el reconocimiento de su genealogía histórica, de sus méritos pasados, de su lugar en la historia de la nación”.<sup>88</sup> La corriente doctrinaria, según el historiador argentino Darío Roldán, pensó además “la legitimidad como una legitimidad histórica en la cual fundamentar su apoyo a la monarquía restaurada en 1814”. No era posible “improvisar las instituciones” (como habían hecho los revolucionarios desde 1789) ni “hacer un pueblo libre sobre la abstracción”, por lo que era “indispensable encontrar un fundamento legítimo en el pasado y hacerlo valedero en el presente”. “Si una relación poderosa”, en fin, “une la historia con la política es porque el conocimiento histórico es fuente de poder”.<sup>89</sup> Por ello no debe sorprendernos que en Guizot, como aseveraba Rosanvallon, “la esencia de la civilización” consista “en la unión de la tradición y del cambio”.<sup>90</sup>

¿Cómo se ha realizado esa unión a lo largo de los siglos? ¿Cuál ha sido el itinerario de ese progreso hacia la civilización, a la vez social e individual, que culmina en el presente, todavía azaroso, de Guizot? ¿Cuáles han sido sus raíces y cuáles sus etapas? ¿Cómo la historia ha culminado con la llegada al poder —una llegada, no lo olvidemos, que en 1828 está aún muy en el aire— de esas clases medias de las que Guizot era tanto dirigente político como intelectual orgánico?

Guizot ofrece en las catorce lecciones de su curso una historia razonada y razonable al servicio de esa burguesía ascendente que percibe los signos de su triunfo y que necesita concebirlo como el resultado necesario de un gran proceso de quince siglos. La mutación a la que somete el discurso histórico conduce a una historia que reposa en el análisis estructural y en su organización en etapas sucesivas. Una historia que excluye el azar y en la que no hay lugar para batallas, menudencias, anécdotas, hazañas de grandes hombres, abundancia de ucronías ni obsesiones cronológicas. Una historia simplificadora en su complejidad, centrada en las generalizaciones, de las que abusa, y que rehúye los

matices, los datos que no cuadran y los cotidianos ruidos de fondo. Una historia social escasa de nombres propios, desindividualizada —aunque no deshumanizada—, que minusvalora las acciones y la voluntad de los seres concretos de carne y hueso, y que huye de los modelos narrativos, “artísticos”, tan caros a los historiadores románticos de la orilla ultra (atados a esa “historia descriptiva” de lo singular, de lo individual, que opera, según Chateaubriand, “dibujando y pintando, poniendo en la boca de los personajes el lenguaje y los sentimientos de su tiempo”).<sup>91</sup> Una historia que si bien muestra “que puede haber desvíos y aberraciones en el curso de los destinos de la humanidad”, también permite descubrir que ésta no ha sido nunca “subyugada completamente por el error, que todos los principios que la han dirigido han tenido a su vez una legitimación histórica” y que “los progresos de la civilización no son obra de un hombre, ni de un siglo, sino el resultado multiplicado de los hombres y de los siglos”, según Fermín Gonzalo Morón.<sup>92</sup> Una historia, pues, en la larga duración que rastrea los orígenes del presente a través de una mirada macroscópica que recorre siglos y siglos y abstrae detalles y particularidades, radicalmente distinta a la que se puso de moda en aquel tiempo en Alemania y que tuvo en Leopold von Ranke a su sumo sacerdote. Una historia “filosófica”, seria, honda, y que, como Guizot, no ríe, pero tampoco aburre. Una historia convertida en precursora tanto de las futuras ciencias sociales como del estudio científico de las relaciones de poder. Argumentos históricos para fundamentar un programa político. Ideología que se sirve de la “ciencia” y a la vez la nutre. Perspectiva napoleónica (Guizot, que optó por Luis XVIII frente al general corso, oteaba la historia desde la misma altura olímpica en la que se situaba Bonaparte para ver a sus pies los pueblos europeos) y arquitectura de Tour Eiffel. Una historia controvertida que, pese a sus virtudes, está lejos de constituir la práctica habitual de buena parte de los historiadores de los últimos doscientos años, sean estos o no conscientes de sus defectos.

¿Guizot avanzado de la ciencia social? Sí; sin duda alguna y con todos los honores. Hemos visto que su definición de la civilización como hecho histórico combinaba el desarrollo del estado social y el del ser humano como individuo. A su entender, ello implicaba que su historia podría ser tratada de dos maneras diferentes. Volvamos al texto de la *Historia de la civilización en Europa*:

El historiador podría situarse en el seno del alma humana, durante un cierto tiempo, una serie de siglos o en un pueblo determinado; podría estudiar, describir, relatar todos los acontecimientos, todas las transformaciones, todas las revoluciones realizadas en el interior del hombre, y cuando hubiera llegado al final tendría una historia de la civilización en el pueblo y en el tiempo escogidos. Pero también podría proceder de otra manera: en lugar de entrar en el interior del hombre, puede situarse fuera, en medio de la escena del mundo; en lugar de describir las vicisitudes de las ideas y los sentimientos del ser individual, puede describir los hechos exteriores, los sucesos, los cambios del estado social. Estas dos porciones, estas dos historias de la civilización, están estrechamente ligadas entre sí; cada una es el reflejo, la imagen de la otra.

Sin embargo, pueden ser separadas, acaso deban serlo, al menos al comenzar, para que ambas sean tratadas con detalle y claridad.<sup>93</sup>

Cómo se puede entrar en el interior de un hombre genérico, ideal, es problema arduo que Guizot no aclara más allá de lo aquí dicho. No era el método que, por suerte para el futuro de su prestigio de historiador, le interesaba:

Por mi parte, no me propongo estudiar ahora en vuestra compañía la historia de la civilización europea en el interior del alma humana; voy a ocuparme de la historia de los acontecimientos exteriores, del mundo visible y social. Era necesario que expusiera a vuestra vista el hecho de la civilización tal como lo concibo en toda su complejidad y extensión, que planteara ante vosotros los altos problemas que puede engendrar. Ahora me restrinjo; encierro mi campo en los límites más estrechos para tratar únicamente la historia del estado social.<sup>94</sup>

¿Guizot antecesor de la ciencia política (es decir, del conocimiento de las relaciones de poder y su cristalización en instituciones)? Sí, también; y con credenciales inequívocas. Su coetáneo Fermín Gonzalo Morón lo tenía claro. Veámoslo en este atinado resumen valorativo del discurso guizotiano que ofrecía el historiador de Alberic y que todavía merece ser leído:

Guizot hace de la filosofía de la historia una ciencia política; y su curso de la *civilización europea* es una obra clásica que debe mostrarnos la utilidad y la importancia de esta nueva ciencia. No son los hechos materiales los que cuenta Guizot, son los morales; los ocultos a la superficie de la historia, pero que la explican, explicando al propio tiempo al hombre. La sociedad romana, el cristianismo, la feudalidad, la municipalidad, la monarquía pura, la reforma religiosa y la reforma política; he aquí los grandes hechos examinados por Guizot, bajo el aspecto de su influencia en la civilización de Europa, y a cada uno de ellos señala su parte en esta grande obra.<sup>95</sup>

¿Una historia alternativa al historicismo alemán de Ranke y sus colegas, con su apuesta por el individualismo metodológico y la historia como “ciencia de lo particular”? Tampoco aquí hay lugar a dudas. A Guizot, insistimos, le va la historia “filosófica” que generaliza, la historia que sobrevuela espacios y épocas para encerrar los hechos concretos —cuyo conocimiento previo, sin embargo, es un requisito para poder generalizar— en un esquema concatenado de causas y consecuencias que permita comprender el proceso histórico, que encuentre en él la racionalidad ajustada a las necesidades del presente. Ahí va, como botón de muestra, una de las reflexiones que desliza al respecto a lo largo de sus lecciones:

Comprenderéis sin pena hasta qué punto es difícil reducir hechos tan diversos, tan inmensos, tan estrechamente unidos, reducirlos, digo, a una verdadera unidad histórica. Es necesario, sin embargo; cuando los acontecimientos están consumados, cuando se ha hecho his-

toria, lo que importa, lo que el hombre busca sobre todo son los hechos generales, el encadenamiento de las causas y los efectos. Esa es, por así decir, la porción inmortal de la historia, aquella a que todas las generaciones tienen necesidad de asistir para comprender el pasado y para comprenderse ellas mismas. Esta necesidad de generalidad, de resultado racional, es la más poderosa y la más gloriosa de todas las necesidades intelectuales; pero es preciso guardarse de satisfacerla por medio de generalizaciones incompletas y precipitadas (...) Es como en un cálculo numérico, donde un primer error acarrea otros, hasta el infinito. Lo mismo en la historia, si en el primer trabajo no se han tenido en cuenta todos los hechos, si nos hemos dejado llevar precipitadamente por el placer de la generalización, es imposible prever a qué descarríos seremos conducidos.<sup>96</sup>

Guizot es, por ello, un nudo en el hilo de seda que une a Voltaire o Condorcet con Febvre, Braudel y los demás historiadores de *Annales*. No hemos de caer en la exageración de hacer de éstos últimos los descendientes directos de Guizot. Su herencia es una más entre otras. Lo que sí que parece claro es que las prevenciones contra la historia historicista y el positivismo de la menudencia, esas prevenciones que están en los orígenes de la influencia lograda por la historiografía francesa en la segunda mitad del siglo XX, pueden rastrear sus gérmenes entre los ilustrados y entre los historiadores de la Restauración. La “historia de la civilización” como género historiográfico fue uno de los terrenos en que mejor se movían algunos de los nombres más ilustres de *Annales*, como Duby, como Le Goff... Por “historia de la civilización” no entendían lo mismo que Guizot, evidentemente, pero la simple conservación del nombre ya nos hace reconocer la consistencia de ese hilo de seda.

Historia fabricada con materiales subterráneos —“ocultos a la superficie de la historia” en palabras de Morón— que se abre firmemente a honduras teóricas, novedosa metodología globalizadora que busca señalar etapas en un proceso que es como un plan ejecutado al margen de la voluntad humana, un lenguaje sin preciosismos, contención en las metáforas: todo eso es Guizot. Y aunque “su libro sigue siendo esencialmente un estudio de historia política, con escasa comprensión de los cambios económicos y de sus efectos en las actitudes de grupo, lleno de temores ante los posibles extravíos de la lucha contra el absolutismo”,<sup>97</sup> la dimensión social y el vigor analítico que incorpora el discurso de Guizot son méritos que no hay que discutirle. ¿Sin teoría no hay historia? En la construcción de nuestro autor teoría e historia interactúan y se compenetran.

Bien armado teóricamente y dotado de un envidiable conocimiento de la historia europea, el catedrático de la Sorbona observa el pasado desde su elevada torre con su catalejo y se come quince siglos en catorce días de clase. Su tesis última es que el mundo en que vive —asentado, recordémoslo, sobre la justicia, la legalidad, la publicidad y la libertad; civilizado en suma— supera al antiguo porque reúne en un todo un conjunto de elementos valiosos que antes solo existían separados. George P. Gooch sintetizó en pocas y precisas frases esa amalgama guizotiana:

El Imperio Romano legó el sistema municipal, un derecho escrito y la idea del gobierno imperial. La Iglesia Cristiana aportó elevadas doctrinas y una organización universal. Los bárbaros trajeron consigo la libertad personal y la costumbre de la asociación voluntaria. Estos elementos necesitaron para amalgamarse un prolongado periodo, y la Edad Media fue el campo de batalla de sus aspiraciones. Las pretensiones feudales y eclesiásticas deben ser tratadas con respeto ya que incorporan tradiciones venerables o responden a necesidades ampliamente sentidas. Pero el principal órgano y símbolo de progreso durante la baja Edad Media se encuentra en el desarrollo de una clase media situada entre la aristocracia y el campesinado; pues su existencia implicó a la larga el gobierno representativo. La Reforma estimuló el espíritu crítico; y la revolución puritana señaló el triunfo de la autonomía en Inglaterra y el comienzo de su conquista del mundo civilizado. El curso termina en vísperas de la Revolución Francesa, que el desarrollo en número, inteligencia y riqueza del tercer estado hizo inevitable.<sup>98</sup>

Gooch, sin embargo, se dejaba cosas en el tintero. Pierre Rosanvallon ha hecho hincapié, además, en los dos hechos principales que según la perspectiva histórica de Guizot la civilización europea habría realizado, “la formación de los estados-nación” y “la emancipación del espíritu humano”. El primero representa un movimiento de centralización y un principio de unidad. El segundo, un movimiento de libertad y un principio de igualdad. En el siglo XVI ambos elementos se habrían anudado en términos conflictivos, de crisis: el desarrollo de los estados centralizados y la aparición de la Reforma hicieron concurrir los principios de centralización del poder y de libre examen, una concurrencia que tenía algo de contradictorio y que se resolvió “en la figura del gobierno representativo que opera la síntesis de la centralización y de la libertad”.<sup>99</sup>

Tres componentes clave, el romano, el cristiano y el germánico, se habían combinado, pues, para conformar gradualmente la civilización europea. Los rivales en pugna al final del mundo antiguo, romanos y bárbaros, son puestos en relación por la Iglesia. He ahí la argumentación fundamental de la segunda lección de Guizot (donde pone a los tres componentes en danza), de la tercera (donde identifica como principios de la civilización la necesidad de orden y los recuerdos del Imperio romano, pero también la presencia de la Iglesia y los bárbaros), de la cuarta (en que analiza la naturaleza y la influencia del régimen feudal), de la quinta (sobre la relación entre Iglesia y poder entre los siglos V y XII) y de la sexta (donde las relaciones estudiadas son las establecidas entre Iglesia y pueblo en ese periodo). El lenguaje de Gooch ilumina en su exposición con una potencia hasta entonces nunca alcanzada —ahora podemos afirmar que estaba colaborando en inventar el medievalismo— los que probablemente eran los siglos menos trillados por los historiadores que le precedieron, unos “tiempos oscuros” que acabarían por llamarse Alta Edad Media. Mientras los ilustrados ponían en los altares de la razón a la Antigüedad clásica y no encontraban el fulgor de las luces ni en los bárbaros ni en la clerecía, Guizot los incluía en su esquema como

elementos positivos, como factores en concurrencia y reales del progreso. Así desaprobaba la nostalgia de la Antigüedad tan presente en los autores del siglo XVIII e invitaba a pensar que la superioridad de la civilización europea moderna estaba ya en sus inicios en forma de germen.<sup>100</sup>

Tres componentes que, por su pluralidad, permiten distinguir lo ocurrido en el viejo continente de lo acontecido en otras civilizaciones exóticas o antiguas que no han progresado y no pueden cumplir por ello el destino de la humanidad. La historia europea es elevada por Guizot a la consideración de camino correcto precisamente por lo que ha tenido de conflictiva y, por ello, de dinámica. “En la moderna civilización europea”, sostiene Guizot, “todas las formas, todos los principios de organización social coexisten”. Es decir, “los poderes espiritual y temporal, los elementos teocrático, monárquico, aristocrático, democrático, todas las clases, todas las situaciones sociales se entremezclan y aprietan”. El corolario es obvio: “estas diversas fuerzas viven en un estado de lucha continua, sin que ninguna consiga ahogar a las demás y tomar ella sola, posesión de la sociedad”. Ello vale tanto para las formas de organización social y política, como para las ideas y los sentimientos o la literatura. La diversidad implica pugna y complejidad, pero se traduce en óptimos resultados. “Cuando se considera en conjunto, la civilización europea se muestra incomparablemente más rica que ninguna otra, porque ha producido a la vez muchos más desarrollos diversos”. Así, desde hace quince siglos está “en un estado de progresión continua” y “su progreso no ha cesado”. La civilización europea “columbra por delante una inmensa carrera” porque “la libertad acompaña cada vez más sus movimientos”.

Mientras que en las demás civilizaciones la dominación exclusiva, o al menos la preponderancia exclusiva de un único principio, de una forma única, ha sido una causa de tiranía, en la moderna Europa la diversidad de los elementos, del orden social, la imposibilidad de excluirse uno a otro, han engendrado la libertad que hoy reina. Falta de poder para exterminarse, ha sido preciso que los diversos principios vivieran juntos y que llegasen entre sí a una especie de transacción. Cada uno de ellos ha consentido tener solo una porción del desarrollo que podía obtener, y mientras en otras partes el predominio de un principio producía la tiranía, en Europa la libertad ha resultado de la variedad de los elementos de la civilización y del estado de lucha en que han vivido.<sup>101</sup>

Guizot no nombra aquí el modelo político que ha de corresponder a esa transacción en que han culminado la lucha, pero el lector ya habrá adivinado que es lo que tenía en mente: la monarquía constitucional de los doctrinarios.

En el Prefacio a la sexta edición de su *Histoire*, escrito en 1855 más para tomar nota que para responder a las críticas que su obra había recibido de animosos apologistas católicos como Balmes o de doctrinarios convertidos en reaccionarios como Donoso Cortés, Guizot aclara aún más su concepción positiva del conflicto:

Dos grandes fuerzas y dos grandes derechos, la autoridad y la libertad, coexisten y se combaten naturalmen-

te en el seno de las sociedades humanas. En el mundo antiguo, hasta la Europa cristiana, y aunque en ninguna parte ninguna ha anulado jamás plenamente a la otra — que Dios no lo permita —, el predominio, un predominio resuelto y permanente, ha pertenecido siempre a una u otra; las naciones han vivido tan pronto bajo el yugo casi absoluto de la autoridad, tan pronto víctima de las continuas tempestades de la libertad. El carácter glorioso y original de la civilización europea, desde que se desarrolló bajo la influencia evidente u oscura, aceptada o desconocida, del Evangelio, ha sido que la autoridad y la libertad han vivido y crecido juntas, hombro con hombro, luchando siempre sin jamás reducirse mutuamente a la impotencia, sujetas ambas a oscilaciones, a vicisitudes de la suerte que a través de una larga serie de siglos han trazado el destino de los gobiernos y los pueblos. La Europa cristiana nunca ha sufrido el imperio indiscutido de uno de los dos principios rivales; siempre el vencido ha quedado apto para defenderse y con probabilidades de vencer a su vez.<sup>102</sup>

**5.** TEMAS GUIZOTIANOS. Historia de la civilización entendida como historia del progreso y ambas concebidas como enfrentamiento de fuerzas sociales y de principios políticos que pugnan en un conflicto de larga duración y comprensible por medio de la razón... Guizot explica en sus lecciones cómo Europa avanza poco a poco, entre tensiones que son como una especie de guerra permanente, hacia un presente superior que las resuelve. Impone, por tanto, el esquema de una historia que, superando la fragmentación de los hechos particulares, se ocupa de trazar las etapas del progreso de la sociedad.<sup>103</sup> Su “gran relato” conduce a la estabilidad a través de una ruta empedrada de inestabilidades. El profesor Bermejo Barrera ha podido comparar al historiador francés con su contemporáneo Hegel: ambos combinan la historia universal con la idea de historia de las naciones, “integrando a todas las civilizaciones del presente y del pasado en un proceso único, en el que todas adquieren su sentido y que desemboca en la propia época y en la misma patria del historiador o del filósofo”.<sup>104</sup>

Este “gran relato” guizotiano, sin embargo, evita el idealismo extremo del Espíritu hegeliano a la conquista de la autoconsciencia. La civilización, recordemos, es presentada por Guizot como un hecho, no como una idea, y el proceso a través del cual la civilización madura y triunfa tiene un protagonista social, ascendente, que, después de todo lo que ya llevamos escrito, el lector no dudará en identificar: la burguesía, esas clases medias en las que los doctrinarios descubrían a los hombres más capaces de regir la sociedad. En el siglo XVII los jesuitas escribían libros como *Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo*. Doscientos años después Guizot y compañía producían alfalfa histórica con la que alimentar a los acomodados burgueses del XIX.

Augustin Thierry, el brillante colega de Guizot que ya ha aparecido alguna vez en estas páginas, escribió que “la burguesía, nación nueva cuyas costumbres son la igualdad civil y la independencia en el trabajo, se levanta entre la nobleza y la servidumbre, y destruye para siempre la dualidad social

de las primeras edades feudales. Sus instintos novedosos, su actividad, los capitales que acumula, son una fuerza que actúa de mil maneras contra la pujanza de los poseedores del suelo”.<sup>105</sup> Nación nueva, escribe aquí Thierry... “Clase social” la llama Guizot, portavoz como aquel de la burguesía de su tiempo, un Guizot que dedica su séptima lección, en el ecuador de su curso, a los municipios medievales y a sus habitantes “burgueses”, a las insurrecciones mediante las cuales éstos conquistaron sus franquicias, sus cartas municipales, a la “emancipación” que resultó de ello y a su consolidación como grupo desde el siglo X al XVI. En esta lección se alcanza uno de los momentos de clímax de la exposición guizotiana.

Sin alharacas eruditas, sin fechas y sin alusiones a casos concretos, Guizot explica que cuando “el régimen feudal triunfó por completo, las ciudades, sin caer en la servidumbre de los colonos, se encontraron en manos de un señor, enclavadas en un feudo”. Una vez establecido sólidamente el feudalismo la ciudad comenzó a resurgir: “nacieron entre los poseedores de feudos nuevas necesidades” y para satisfacerlas “reapareció en las ciudades de su dominio un pequeño comercio, una pequeña industria. La riqueza, la población resurgían; lentamente, es cierto, pero resurgían”. La regularización del régimen feudal tendió a dificultar las expediciones de saqueo que los señores hacían en otras tierras. Pero “no por eso cesó la avidez, ni los deseos groseros ni la violencia de los deseos”. Sin posibilidad de recurrir “al vagabundaje conquistador”, esos señores guerreros “en lugar de saquear lejos” saquearon cerca. “Las extorsiones de los señores sobre los burgueses redoblaron a partir del siglo X”. Los propietarios de los dominios hicieron sentir el peso de su avidez sobre las ciudades, “ejerciendo su violencia”. De ahí las quejas de la burguesía “contra la falta absoluta de seguridad en el comercio”. Los mercaderes, tras sus largos viajes, “no podían entrar en paz en su ciudad”. En los caminos “eran asaltados sin cesar por el señor y sus hombres”. Cuando la industria recomenzaba, la seguridad se echaba en falta.<sup>106</sup>

Nada irrita tanto al hombre como ser perturbado así en su trabajo y despojado de los frutos que se había prometido. Eso le ofende, le enfurece mucho más que cuando se le hace sufrir en una existencia desde largo tiempo fija y monótona, cuando se le quita lo que no ha suscitado en él todos los deleites de la esperanza. Hay, en el movimiento progresivo que eleva un hombre o una población hacia una nueva fortuna, un principio de resistencia contra la iniquidad y la violencia mucho más enérgico que en cualquiera otra situación.<sup>107</sup>

Antoine Prost ha observado aquí, con tino, “el carácter psicológico de las explicaciones que da Guizot de los comportamientos” de señores y burgueses.<sup>108</sup> Las raíces económicas del enfrentamiento aparecen en el relato, es cierto, pero en lo que se hace hincapié es en la avidez y los deseos de unos y la resistencia contra la iniquidad y la violencia de los otros.

La lección continúa. Dispuestos a defender sus riquezas y sus intereses frente a los señores, los burgueses se revuelven, y “a pesar de su debilidad, a pesar de la enorme desigualdad

de condición entre ellos y sus señores, las ciudades se insurreccionaron en todas partes”. Insurrección se convierte en la palabra clave de esa fase del proceso. “Digo insurrección, señores, y muy deliberadamente. La emancipación de los municipios en el siglo XI ha sido el fruto de una verdadera insurrección, de una verdadera guerra, declarada por la población de las ciudades a sus señores”. Esa insurrección fue “general”, lo que no significa que estuviera de ningún modo concertada. Ante los mismos problemas diferentes municipios reaccionaron de forma semejante. “Las vicisitudes de la lucha fueron muy grandes”, con éxitos alternativos y desarrollos nada lineales. “Los reyes han desempeñado un gran papel en las alternativas de esta lucha”. Y “a pesar de estas vicisitudes”, “la emancipación de los municipios quedó consumada en el siglo XII”.<sup>109</sup>

En este punto Prost ha hecho notar que Guizot “construye un hecho social *avant la lettre*”, a la manera que después harían tantos sociólogos, ya que habla de un “primer hecho que se halla siempre en semejantes historias” sin exponer, comparar y retener los rasgos comunes de los hechos concretos, individuales, que integra (y que hemos de suponer que existen y que son conocidos por el sujeto que construye el hecho social). En el concepto de insurrección urbana, en el de burgúes, en el de señor tal como los presupone el historiador nimeño, Prost encuentra “las características del tipo ideal”: por un lado estos conceptos “proceden de los razonamientos y no solo de las descripciones generales”; por el otro, “son indisociables de los contextos concretos que permiten pensarlos”.<sup>110</sup>

La primera consecuencia de esa emancipación de los municipios, explica Guizot, es el establecimiento de un enlace directo entre los burgueses y el rey: aunque sea local, la monarquía ha intervenido en la disputa entre señores y burgueses y eso acerca a estos “al centro del estado”.<sup>111</sup> Cuando en seguida veamos el profundo calado teórico de las otras dos consecuencias que Guizot extrae de la emancipación seguramente nos sorprenderá que considere la aproximación entre ciudades y rey antes que las otras. Pero no hemos de olvidar que para Guizot la evolución de las relaciones de poder y su cristalización en las instituciones que conducen al estado moderno, como ya se dijo, es crucial. Por ello no hemos de sorprendernos por esa primacía que se da aquí a la política.

La segunda consecuencia consiste, nada menos, que en la formación de la burguesía como clase social:

Aunque todo siguiera siendo local, se creó, sin embargo, por la emancipación, una clase general y nueva. Entre los burgueses no había existido ninguna coalición; no tenían como clase ninguna existencia pública y común. Pero el país estaba cubierto de hombres colocados en la misma situación, con los mismos intereses, las mismas costumbres, entre los cuales no podía dejar de nacer poco a poco cierto lazo, cierta unidad de la que debía engendrarse la burguesía. La formación de una gran clase social, la burguesía, era el resultado necesario de la emancipación local de los burgueses.<sup>112</sup>

Una clase social, sin embargo, que no nace como una Minerva ya adulta y armada. Si en el siglo XII “no se com-

ponía apenas más que de mercaderes, de negociantes que hacían un pequeño comercio, y de pequeños propietarios, ya de casas, ya de tierras, que habían asentado en la ciudad su habitación”, tres siglos después “comprendía, además, los abogados, los médicos, letrados de todas clases, todos los magistrados locales”, por lo que “es preciso ver nacer sucesivamente en su seno nuevas profesiones, nuevas situaciones morales, un nuevo estado intelectual, para comprender las vicisitudes de su fortuna y de su poder”.<sup>113</sup> Durante siglos los burgueses, que deben su “porción de libertad” a su “asociación con los demás” se sienten inferiores a los señores. Los caracteriza un “carácter de reserva, de timidez de espíritu, de modestia temerosa, de humildad en el lenguaje”. Solo modernamente ha aparecido “la altura de su ambición”, “el afán de intervenir en los asuntos del país”, de ganar influencia y “peso en el gobierno del país”.<sup>114</sup>

Prost ha considerado interesante la forma en que Guizot define la burguesía por tres razones. “En primer lugar, porque se trata de una definición por el derecho, por las instituciones”, una definición jurídica y política que no deja lugar a lo económico. En segundo lugar, porque esa primera definición se acompaña de una enumeración abierta de los personajes que la componen que dota de un contenido concreto a la clase. En tercer lugar, por “su continuidad en el tiempo”, por “la estabilidad diacrónica en el cambio”. Esa identidad que se preserva a lo largo de un proceso dinámico, esa continuidad mantenida entre los cambios, “hacen de la clase social un personaje colectivo”. Y eso permite a Guizot contar la historia de la sociedad de la misma manera que se puede contar la historia de un individuo.<sup>115</sup> Algo que, añadimos, también se puede hacer —y vaya si se hizo y se hace— con otro personaje colectivo entonces en ascenso y que llegó para quedarse: el estado-nación.

La tercera consecuencia llena una de las páginas más intensas, conocidas y sobresalientes de toda la historiografía decimonónica. En ella Guizot “inventa” la lucha de clases y la convierte en el motor de la historia de la civilización europea, en el hecho diferencial que la distingue, por su dinamismo, de la del resto del mundo y la hace única. Vale la pena que copiemos un largo párrafo:

El tercer gran resultado de la emancipación de los municipios es la lucha de clases, lucha que llena la historia moderna. La moderna Europa ha nacido de la lucha entre las diversas clases de la sociedad. De otra parte, señores, y ya lo he hecho presentir, esta lucha ha producido resultados muy diferentes. En Asia, por ejemplo, una clase triunfó por completo, y el régimen de castas sucedió allí al de clases, y la sociedad cayó en la inmovilidad. Gracias a Dios, cosa semejante no ocurrió en Europa. Ninguna de las clases sociales ha podido vencer y subyugar a las otras. La lucha, en lugar de convertirse en principio de inmovilidad, ha sido una causa de progreso; las relaciones de las diversas clases entre sí, la necesidad en que se encontraron de combatirse y cederse unas a otras a turno, la variedad de sus intereses y de sus pasiones, la necesidad de vencerse, sin alcanzarlo nunca por completo; de todo ello ha salido acaso el principio más fecundo y más enérgico de desarrollo para la civilización euro-

pea. Las clases han luchado sin cesar, se han detestado; una profunda diversidad de situaciones, de intereses, de costumbres, ha producido entre ellas una profunda hostilidad política, y, sin embargo, se han ido extendiendo, aproximándose, asimilándose sucesivamente. Todos los países de Europa han visto nacer y desarrollarse en su seno un cierto espíritu general, una cierta comunidad de intereses, de ideas, de sentimientos, que han triunfado de la diversidad y de la guerra. En Francia, por ejemplo, en los siglos XVII y XVIII, la separación social y moral de las clases era todavía muy honda; pero nadie duda de que la fusión no haya avanzado mucho desde entonces, que no hubiera desde entonces una verdadera nación francesa que no era tal clase exclusivamente, sino que la comprendía todas, animadas todas por un cierto sentimiento común, con una existencia social común, fuertemente acuñadas, en fin, con el troquel de la racionalidad y de la unidad.

Así, del seno de la variedad, de la hostilidad, de la guerra, ha surgido en la moderna Europa la unidad nacional, hoy tan evidente, que tiende a desarrollarse, a depurarse día por día con una evidencia aún mucho más alta.<sup>116</sup>

Sin Guizot —y sin Thierry—, pues, no hay Marx. O mejor dicho para no incurrir en deslizamientos ucrónicos, la clase categorizada por los historiadores burgueses es la fuente del concepto de clase social de Marx, la lucha de clases guizotiana es el anticipo de la lucha de clases marxista. El filósofo de Tréveris no dudó en reconocerlo en famosa carta.<sup>117</sup> Plejánov lo estudió en un texto que el reflujo del materialismo histórico ha dejado casi olvidado.<sup>118</sup> La historia social de Guizot consigue “hacer compatible el acontecimiento y la estructura”, “el actor colectivo escapa a la anécdota carente de significado” y “la noción de clase “es así constitutiva de una historia preocupada por pensar la sociedad como tal”.<sup>119</sup> Pero la lucha de clases de Guizot no es exactamente la de Marx. El primero no toma apenas en cuenta el lazo entre clases y economía. El segundo une las clases —y sus conflictos— al desarrollo de las formas históricas de la producción. En el francés la lucha conduce a una creciente asimilación de las clases en el seno del estado-nación. En el renano, utópico *malgré lui*, habrá de conducir mediante la dictadura del proletariado a una sociedad sin clases de carácter universal. Guizot, como tendremos ocasión de ver, es un nacionalista francés; Marx, y esto ya no lo veremos, un internacionalista que concibe la humanidad como única patria. Con su planteamiento Guizot no se limita a desempeñar el papel de portavoz de la burguesía; asume asimismo el de turiferario. Las lecciones de Guizot, al situar a las clases medias —y en particular a las francesas— en medio del mapa de la historia, al dotarlas de una genealogía reconocible y positiva, les confiere orgullo, autoestima. Si la historia de Guizot agradaba a su auditorio y a sus lectores no era tan solo, a mi parecer, porque les daba esperanzas de futuro. También porque los halaga (y se autohalaga).

En otro orden de cosas, el historiador languedociano es asimismo el defensor de la realeza como institución característica y protagonista del proceso de civilización. Los experimentos del período revolucionario, con la sucesión

de formas políticas inestables que siguieron a la caída de Luis XVI hasta que el general Bonaparte reintrodujo la monarquía en forma de imperio, dejaron en la generación de Guizot una larga huella. Mientras exponía sus clases, los liberales permanecían divididos. Entre su auditorio seguro que había republicanos y seguro que había bonapartistas. También doctrinarios como él, escarmentados de inestables inventos institucionales. Y los doctrinarios ya habían optado por la monarquía constitucional. Una forma de gobierno que debía hacer compatible orden y libertad, ya lo hemos dicho, y que en principio se encarnaba en la Carta de 1814. Los avatares políticos de la década de 1820 habían mostrado que los ultras podían sacar pecho y poner en peligro el modelo. Pero era en los sujetos concretos —el rey, los políticos reaccionarios— donde había que buscar la raíz de los problemas, no en la inadecuación del modelo. Cuando en 1830 una nueva revolución lleve al poder a los doctrinarios, éstos no dudarán en aprovechar la ocasión para poner toda la carne en el asador de esa monarquía sometida al imperio de la ley. La formación y evolución de la realeza a través de los siglos como polo aglutinador del principio de autoridad es, pues, otro tema guizotiano de largo recorrido:

Hacia la misma época, casi en el momento en que irrumpían las Cruzadas, comenzó a crecer y elevarse la institución que acaso ha contribuido más a la formación de la sociedad moderna, a esta fusión de todos los elementos sociales en dos fuerzas, el gobierno y el pueblo: a saber, la realeza.

Es evidente que la institución real ha desempeñado un papel inmenso en la historia de la civilización europea; basta lanzar una mirada sobre los hechos para convenirse, para ver que el desarrollo de la realeza avanza al mismo paso, por así decir, al menos durante largo tiempo, que la sociedad misma. Los progresos son comunes.

Y no solo los progresos son comunes. Siempre que la sociedad avanza hacia su carácter definitivo y moderno, la realeza parece crecer y prosperar, de tal suerte que, cuando su obra está consumada, cuando en los grandes Estados de Europa no queda más, o casi ninguna más, influencia importante y decisiva que la del gobierno y el pueblo, la realeza es el gobierno.<sup>120</sup>

Las metamorfosis de la monarquía desde la Edad Media hasta vísperas de la Revolución francesa son detalladas por Guizot con sumo cuidado en las últimas seis lecciones de su curso. Cómo la realeza europea parece resultado de las diversas especies de realeza por él distinguidas —la bárbara, la imperial, la religiosa...— es el objeto de la novena lección (la octava había tratado de las Cruzadas). Cómo en el mundo medieval se intentó conciliar y hacer vivir bajo un mismo poder central los diversos elementos sociales de Europa, bien a través de un modelo teocrático (iniciativa de la Iglesia), bien a través de un modelo republicano (iniciativa de los municipios), bien a través de un modelo mixto en el que los monarcas se combinan con la representación de los estamentos en estados generales, parlamentos y cortes, el propósito de la décima lección. Y cómo la centralización del gobierno avanza en el siglo XV, el de la undécima.

La lección duodécima se centra en el siglo XVI y analiza el impacto de la Reforma y su llamada al “libre examen”, a fin de cuentas, su reivindicación de la libertad de pensamiento. Guizot, hugonote reconocido, no oculta sus simpatías: “la Reforma ha sido un movimiento brioso de libertad del espíritu humano, un deseo nuevo de pensar, de juzgar libremente” los hechos “y las ideas que Europa recibía o estaba obligada a recibir de manos de la autoridad”. La Reforma fue “una gran tentativa de emancipación del pensamiento humano”, una “insurrección del espíritu humano contra el poder absoluto en el orden espiritual”.<sup>121</sup> Allí donde arraigó produjo, “como resultado general”, un “inmenso progreso en la actividad y la libertad de pensamiento, hacia la emancipación del espíritu humano”.<sup>122</sup> Una defensa del protestantismo como fuerza emancipadora, positiva, que sacó de sus casillas a los defensores a ultranza del catolicismo. Jaime Balmes, Juan Donoso Cortés y otros autores con intenso olor a cirio la emprendieron con Guizot precisamente por ese lado. Y sin duda alcanzaron una audiencia notable. *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, que el cura catalán dedicó a defender a la Iglesia Romana del impío nimeño, comenzó a publicarse a la vez en castellano y en francés en 1842 y apareció en inglés en 1859.<sup>123</sup> Convertido en un *best seller* de la apologética católica, con numerosas reediciones, ha sido uno de los libros de pensamiento españoles que más éxito de ventas han alcanzado nunca en todo el mundo. Algo similar ocurre con el inquietante *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo considerados en sus principios fundamentales*, que Donoso Cortés dio a la imprenta en 1851.<sup>124</sup> Donoso había sido un fervoroso guizotiano en los años tumultuosos de la minoría de edad de Isabel II. Después, atemorizado por los excesos revolucionarios, se volvió tan retrógrado que su obra, muy divulgada internacionalmente como la de Balmes, acabó en manos de Carl Schmitt y en el sombrío panteón de los antecesores del nazismo.

Volvamos, tras esta digresión, al terreno de la política, de la lucha entre los principios de autoridad y libertad. En la lección decimotercera Guizot estudia de manera prácticamente monográfica la revolución inglesa del siglo XVII, nacida según él del choque entre la “monarquía pura” (que los Estuardo tratan de consolidar) y “el libre examen” (con la multiplicación de corrientes en el seno del cristianismo), y marca las etapas —la primera de revolución legal, la segunda de revolución política y la tercera de revolución social— que desembocaron en un fracaso, en la reorganización del estado y en la restauración de los Estuardos, una restauración con serias deficiencias que hubieron de ser resueltas en 1688 mediante un compromiso entre las dos fuerzas contrapuestas. El compromiso, no el aniquilamiento de un bando, como solución a la lucha: he aquí el mensaje que Guizot quiere que su oyente capte de su excursión por la historia inglesa.

En la lección final, la decimocuarta, el caso analizado es el francés: en el siglo XVII la centralización absoluta del poder en tiempos de Luis XIV llevó a su extremo el principio de autoridad, pero también contuvo en sí misma el germen de su decadencia; en el siglo XVIII la revolución filosófica contrarrestó el peligro con su demostración de libertad inte-

lectual. Guizot no trata la Revolución —con los ultras todavía amenazantes, no estaban maduros los tiempos— pero su lectura ambivalente de ella está implícita en cómo juega a comparar la experiencia inglesa, más precoz, con la gala: “el hecho dominante de la revolución inglesa, la lucha del libre examen y de la monarquía pura tenía que estallar también en Francia”. La Revolución era, así, el resultado necesario del proceso de quince siglos que había expuesto desde su cátedra: frente “al vicio del poder absoluto”, la “confianza excesiva en el espíritu humano”, generando ambos un choque violento similar al vivido anteriormente en Inglaterra. Y la salida inteligente, como en Inglaterra, había de venir de la mano de la asunción de los abusos del pasado y del compromiso:

Solo quiero, antes de separarnos, llamar vuestra atención sobre el hecho más importante (...) que se nos revela en este gran espectáculo. Es el peligro, el mal, el vicio insuperable del poder absoluto, cualquiera que sea, llámese como se llame y se ejerza con cualquier finalidad. Habéis visto el gobierno de Luis XIV perecer casi únicamente por esta causa. Pues bien, señores, el poder que le sucedió, el espíritu humano, verdadero soberano del siglo XVIII, el espíritu humano ha sufrido la misma suerte; a su vez, llegó a poseer el poder casi absoluto, a su vez tomó una confianza excesiva en sí mismo. Su empuje era muy bello, muy útil; y si fuera preciso expresar una opinión definitiva, me apresuraría a decir que el siglo XVIII me parece uno de los siglos más grandes de la historia, que mayores servicios ha prestado a la humanidad, que le ha hecho hacer el mayor progreso y los progresos más generales (...) No es menos cierto que en esta época el espíritu humano en posesión del poder absoluto, ha sido corrompido, extraviado; que ha mirado los hechos establecidos, las ideas antiguas, con un desdén y una aversión ilegítimos; aversión que le ha conducido al error y la tiranía. La parte de error y tiranía, en efecto, que se mezcló al triunfo de la razón humana a fines de siglo [observe nuestro lector cuán elusivo es Guizot al hablar de la Revolución sin citar su nombre], parte muy grande —no se puede disimular y es preferible proclamarlo en lugar de callar—, esa parte de error y tiranía (...) ha sido, sobre todo, el resultado del extravío en que el espíritu del hombre se precipitó en esta época al ver extendido su poder. Es el deber, y será, creo, el mérito de nuestro tiempo, reconocer que todo poder, sea intelectual o temporal, pertenezca a los gobiernos o a los pueblos, a los filósofos o a los ministros (...), lleve en sí mismo un vicio natural, un principio de debilidad y abuso que debe señalarle un límite. Porque no hay más que la libertad general de todos los derechos, de todos los intereses, de todas las opiniones, la libre manifestación de todas estas fuerzas, su coexistencia legal, no hay más, digo, que este sistema que pueda restringir toda fuerza, todo poder en otros, hacer, en suma, que el libre examen subsista realmente en provecho de todos. Este es para nosotros, señores, el gran resultado, la gran lección de la lucha entablada a fines del siglo XVIII, entre el poder absoluto temporal y el poder absoluto espiritual.<sup>125</sup>

Catorce lecciones, pues, de arquitectura impecable en las que la forma y el fondo se compenetran. Cada lección debía de durar aproximadamente una hora, aunque Guizot advierte a su auditorio que “alguna vez me encontraré obligado a reteneros más de la hora acostumbrada”.<sup>126</sup> Y viendo la extensión que, en la versión publicada, presenta cada una de ellas, no parece insensato suponer que el profesor se pasaba, siempre, largamente de su tiempo. Pero eso no es lo que importa: al ser la lección el marco que contiene el discurso, éste avanza a lo largo del curso en unidades parejas, delimitadas en sí mismas, con su propio planteamiento, nudo y desenlace; un tipo de exposición que ayuda a poner orden en el magma desordenado de la historia, provocando la impresión de implacable solidez del conjunto que los lectores de hoy todavía podemos apreciar. Parece que aquello que cuenta — que explica— Guizot es la verdad desnuda y sin alternativas, no una interpretación entre otras posibles. Ha pasado justo lo que tenía que pasar. La línea que va del fenecido Imperio Romano al estado moderno ha de ser la fijada por un historiador que no solo no ríe, sino que tampoco duda ni se desvía en su ruta. Chateaubriand, con sagacidad, calificó a esta historia de “fatalista”.<sup>127</sup> Gooch, por su parte, estimó que “las épocas se ensamblan demasiado claramente unas en otras y el diseño del mosaico es de una exactitud sospechosa”.<sup>128</sup> El mismo Gooch citó la aguda crítica de otro perspicaz coetáneo de Guizot, el miembro del cenáculo romántico Charles Augustin Sainte-Beuve (el amigo de Victor Hugo que se lio con su esposa Adèle):<sup>129</sup>

Los escritos de Guizot forman una cadena de la cual no puede quitarse un solo eslabón. Su objeto es gobernar y organizar el pasado tanto como el presente. Soy uno de los que dudan si le es dado al hombre abarcar las causas de la historia de un modo completo y con tan absoluta certidumbre. Entender el presente le parece casi fuera de su alcance. La historia vista a distancia sufre una singular metamorfosis: produce la ilusión —la más peligrosa de todas— de que es racional. Las locuras, las ambiciones, los mil extraños accidentes que la integran, todo eso desaparece. Cada accidente se transforma en una necesidad. La historia de Guizot es demasiado lógica para ser verdadera.<sup>130</sup>

Sin embargo, los admiradores de la manera guizotiana de encarar la historia han sido legión. No nos entretendremos mucho en ellos, como no nos hemos entretenido en sus críticos. Nos limitaremos a esgrimir el ejemplo de un historiador español —polígrafo lo llaman las enciclopedias— cuyo elogio de un hugonote francés acaso pueda sorprender al lector poco avisado: el católico a machamartillo y prodigio de erudición Marcelino Menéndez Pelayo. En su importante *Historia de las ideas estéticas en España* deslizó la siguiente y elogiosa perla (en el buen sentido de la metáfora):

Guizot, que no es grande historiador por la fuerza de la fantasía adivinadora ni por la brillantez del colorido, y que como pensador rara vez traspasó los límites de un buen sentido elevado y tolerante, poseyó como pocos lo que pudiéramos llamar, y él mismo llamaba, la *anatomía*

y la *fisiología* de la historia, considerada como ciencia de los fenómenos sociales, que se engendran por la acción de ciertas fuerzas y están sometidos a ciertas leyes, análogas a las que rigen la existencia de los individuos. En deslindar las grandes ideas y las grandes instituciones dominantes en cada periodo, en estudiar las funciones del organismo social como estudia el fisiólogo las del organismo animal, fue gran maestro; y cualesquiera que sean sus errores y la estrechez de algunos de sus puntos de vista, exclusivamente protestantes o exclusivamente franceses, inauguró un método verdaderamente científico, y, disipando el caos de la historia, hizo de ella una totalidad orgánica.<sup>131</sup>

Volvamos a leer la última frase: “disipando el caos de la historia, hizo de ella una totalidad orgánica”. ¿Se puede resumir mejor la “virtud” guizotiana? Por más que ahora no enfoquemos igual el estudio histórico, por más que podamos distar del método idealista de Guizot y poner el dedo en la llaga de sus faltas e insuficiencias, sigue habiendo algo que nos produce admiración en la maestría arquitectónica del primer catedrático de historia moderna de la Sorbona. Quizá sea porque en el espíritu de muchos estudiosos —y de otros que no lo son— está grabada la preferencia del orden sobre la confusión, de lo uno sobre lo múltiple, de lo alto sobre lo bajo, de lo simple sobre lo diverso, de lo previsible sobre lo azaroso. Quizá sea porque el aire de verdad en que se envuelve con desparpajo Guizot contrarresta la complejidad real de la historia, la dificultad de otorgarle un sentido (ahora en que tantos convenimos en que no tiene fin ni fines) y la profunda hondura de nuestras ignorancias. Aunque naufraguen por entero o solo a medias en el descrédito, los grandes relatos conservan el atractivo de las composiciones homogéneas, sistemáticas, meticolosas, aparentemente exactas.

Estamos acabando. “De las catorce lecciones —escribió Julián Marías en 1935— en que Guizot nos muestra la viva imagen de la historia europea, se desprende una más, acaso la más interesante y grave: la que nos hace ver la profunda, innegable unidad de Europa”.<sup>132</sup> Y no le falta razón. La noción de civilización lleva al “europeísmo”, ha remachado más recientemente Franck Laurent. Tomar la civilización europea como objeto de estudio sirvió para llevar el estudio de las colectividades humanas más allá de los límites nacionales, para extenderlo al continente. La civilización representa, desde la mirada guizotiana, “la comunidad de destino del continente entero, visible y determinante” a pesar de, y por debajo de, unas diversidades que son secundarias.<sup>133</sup> Más arriba ya aludimos a la importancia de la opción que tomó Guizot y a la presión contextual que tal vez esté en la base de su elección y que bien pudiera haberle llevado a hacer de la necesidad virtud. Leamos ahora, enteros, los dos párrafos que sustentan su europeísmo histórico:

Hablo de la civilización europea: es evidente que hay una civilización europea; que una cierta unidad resplandece en la civilización de los diversos Estados de Europa; que, a pesar de la gran diversidad de tiempos, lugares, circunstancias, dondequiera que esta civilización deriva de hechos casi semejantes, se enlaza a los mismos

principios y tiende a producir casi en todos sitios resultados análogos. Hay, pues, una civilización europea; y de su conjunto quiero hablarlos.

Por otra parte, es evidente que esta civilización no puede buscarse, que su historia no puede ser extraída de la historia de uno solo de los Estados europeos. Si posee una unidad, su variedad no es menos prodigiosa; no se ha desarrollado toda entera en ningún país especial. Sus rasgos fisiognómicos están esparcidos: hay que buscar tan pronto en Francia como en Inglaterra, tan pronto en Alemania como en Italia o España, los elementos de su historia.<sup>134</sup>

Historia de la civilización, por tanto, más que en Europa, en la “pequeña Europa”, como ya se dijo. Algo que indiscutiblemente facilitó la recepción de la obra de Guizot fuera de Francia. Y un europeísmo que, por mucho que ahora se saque a colación y se ponga en valor (cuando la Unión Europea busca, entre enormes dificultades, un elemento más de legitimación en una incierta historia común del continente), lleva en su seno un nacionalismo francés tan patente que deslumbra: “No se debe adular a nadie, ni siquiera al país propio; pero creo poder decir, sin lisonja, que Francia ha sido el centro, el hogar de la civilización de Europa”, se lee poquísimas líneas después de los dos párrafos europeístas antes aducidos. Hay “en el genio francés algo sociable, simpático, algo que se propaga con más facilidad y eficacia que el genio de cualquier otro pueblo”; sea cual sea la causa de ello, las cualidades de Francia “la hacen eminentemente adecuada para marchar a la cabeza de la civilización europea”<sup>135</sup>. Todas las lecciones de Guizot están animadas por esta creencia, por esta declaración de fe en las virtudes de la nación propia. Hacer de tan serio historiador un pariente de Monsieur Chauvin constituiría sin duda un desatino. Pero ignorar su nacionalismo, como a veces se hace, comportaría un dislate nada menor. Aunque lo que estudia Guizot es la civilización europea, Francia ocupa el centro del estudio, porque es, a su juicio, el corazón de aquella. Por eso, cuando el curso acaba, cuando la decimocuarta lección toca a su fin, el profesor anuncia que “cuando nos volvamos a encontrar el año venidero en este recinto” tiene el proyecto de reducirse “especialmente a Francia, de estudiar con vosotros la historia de la civilización francesa, pero con detalle y bajo sus diversos aspectos”. El europeísmo guizotiano, pues, se diluye como un azucarillo en contacto con el interés por el “desarrollo de nuestra gloriosa patria”, que tiene derecho, “en el pasado como en el porvenir, a nuestras más caras afecciones”.<sup>136</sup>

El curso acabó y en seguida pasó a ser carne de imprenta. Mientras Guizot hablaba ante su auditorio aquel verano de 1828, muchos asistentes tomaban apuntes con sus plumas de ave. Hemos de suponer que algunos se turnaban para que la transcripción fuera lo más exacta posible. Tocqueville, por ejemplo, un asistente asiduo a las lecciones, se servía de las notas tomadas por sus amigos Gustave de Beaumont y Louis de Kergolay para rellenar las lagunas que dejaban sus escasas ausencias.<sup>137</sup> Desconozco si Guizot había encargado la transcripción a varias personas en concreto, o si repasó estas transcripciones antes de llevarlas al impresor. Lo que

está claro es que la versión que salió a la venta conserva un inequívoco tono de oralidad del que no dudará ninguno de nuestros lectores a la vista de los párrafos que hemos ofrecido. Aquel mismo 1828, y con el título de *Histoire générale de la civilisation en Europe depuis la chute de l'empire romain jusqu'à la révolution française*, los editores Pichon et Didier sacaron la primera edición parisina del curso a la calle. El éxito fue notable y las reediciones y traducciones se sucedieron. En 1868 se iba por la décima edición francesa (a cargo de Didier et Cie., de París), que no en francés (hubo ediciones belgas). La palabra *générale*, por cierto, hacía tiempo que se había caído del título.

Guizot cumplió su promesa y en 1829 inició su curso sobre la historia de la civilización en Francia, sin las prisas de 1828 y con la perspectiva de que su exposición pudiera prolongarse en cursos sucesivos. En este caso sí que proyectó descender a pormenores y el esqueleto descarnado y esquemático que, de algún modo, conformaban las catorce lecciones anteriores, se rellenó con análisis de los elementos integrantes de la civilización, con especial atención a los artísticos y literarios. Solo pudo ejercer su magisterio hasta 1830, cuando la revolución interrumpió sus clases y lo convirtió en ministro. Las lecciones también se dieron a la imprenta, pero su difusión fuera de Francia fue menor. Es fácil de entender. No todos los potenciales lectores europeos que se sentían concernidos por una historia de la civilización en Europa estaban igual de predispuestos hacia una historia de la civilización en Francia. Cosas del creciente nacionalismo. En 1829 los mismos Pichon et Didier editaron el primer tomo —452 páginas que incluían doce lecciones— de la *Histoire de la civilisation française depuis la chute de l'empire romain jusqu'en 1789*. Tomos posteriores recogerían lo expuesto hasta 1830. La incompleta nueva obra de Guizot no fue traducida al castellano, aunque sí, como ya se dijo, al inglés por Hazlitt *the younger*. Gooch la tenía en muy alta estima, considerando que su “brusca interrupción” era una de las mayores pérdidas sufridas por la ciencia histórica<sup>138</sup>. Menéndez Pelayo también lamentó que quedara “muy a los principios”, aunque así y todo merecía “muy probablemente el puesto de preferencia entre las de su autor”.<sup>139</sup> Pero detenernos en ella rebasaría los límites que nos hemos fijado en este trabajo.

## NOTAS

1 R. PUNSET, ‘Guizot y la legitimidad del poder’, *Historia constitucional*, 10 (2009), p. 456. <http://www.historiaconstitucional.com>

2 I. WOOD, *The Modern Origins of the Early Middle Ages*, Oxford UP, 2013, p. 96, cita como primera traducción la de Priscilla Maria Beckwith, publicada en Londres en 1837. También hemos podido localizar otra impresa en Edimburgo en 1839. El *Alphabetical and Analytical Catalogue of the New York Society Library*, impreso por R. Craighead en Nueva York en 1850 (p. 189) menciona, además de la traducción de Hazlitt, que también fue objeto de una edición neoyorquina en 1846, una *General History of Civilisation in Europe, from the Fall of the Roman Empire to the French Revolution*, publicada también en Nueva York en la temprana fecha de 1828 (el mismo año, pues, que apareció en francés), sin traductor identificado.

3 ‘Biografía contemporánea. Guizot (Francisco Pedro Guillermo)’, *Revista de Madrid*, Segunda serie, tomo II (1839), p. 288.

4 La obra, en trece volúmenes, fue publicada por Maradan en París bajo el título *Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire romain* y conoció varias reediciones. En la portada se advertía que se trataba de una “nouvelle édition, entièrement revue et corrigée, précédée d’une Notice sur la vie et le caractère de Gibbon, et accompagnée de notes critiques et historiques, relatives, pour la plupart, à l’histoire de la propagation du christianisme, par M.F. Guizot”. Sin embargo, de la participación de Pauline en la traducción hay pocas dudas. Al respecto, ver I. WOOD, *The Modern Origins*, p. 95.

5 C. FRANCI, ‘Reflexiones en torno a la traducción de *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, de Gibbon, por José Mor de Fuentes’, <http://www.saltana.org/1/tsr/51.html>

6 F. GILBERT, ‘Reflexiones de la historia del profesor de historia’, *Historias*, 53 (2002), p. 6. Este excelente escrito se leyó originalmente en Filadelfia el 19 de diciembre de 1963 en un congreso de la *American Historical Association*.

7 Sobre este importante personaje, bastante poco conocido pese a su enorme importancia, se puede consultar el reciente artículo de M. PERTUÉ, ‘Royer-Collard et la Charte de 1814’, *Historia Constitucional*, 15 (2014), pp. 23-69. <http://www.historiaconstitucional.com>

8 M. WINOCK, *Las voces de la libertad. Intelectuales y compromiso en la Francia del XIX*, trad. de Ana Herrera, Edhasa, Barcelona, 2004, p. 116.

9 P. ROSANVALLON, *La sociedad de los iguales*, trad. de M. Pons, RBA, Barcelona, 2012, p. 161. L. JAUME, ‘Tocqueville et Guizot: l’Amérique et l’aristocratie (une controverse)’, *Historia Constitucional*, 15 (2014), p. 73. <http://www.historiaconstitucional.com>

10 P. ROSANVALLON, *La sociedad de los iguales*, p. 135.

11 P. ROSANVALLON, *Le moment Guizot*, Gallimard, París, 1985, p. 97. J. VARELA SUANZES, ‘El liberalismo francés después de Napoleón (de la anglofobia a la anglofilia)’, *Revista de Estudios Políticos*, 76 (1992), p. 35.

12 M. WINOCK, *Las voces de la libertad*, pp. 115-121.

13 Traduzco de la edición de Meline, Cans et Cie., Bruselas, 1851, vol. II, pp. 110-111.

14 *Encyclopédie des gens du monde, répertoire universel des sciences, des lettres et des arts; avec des notices sur les principales familles historiques et sur les personnages célèbres, morts et vivants; par une société de savants, de littérateurs et d’artistes, français et étrangers*, Treuttel et Würtz, París, 1840, tomo XIII, p. 312.

15 M. WINOCK, *Las voces de la libertad*, pp. 124-125.

16 H. WHITE, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de S. Mastrangelo, FCE, México, 1992, p. 137.

17 M. SAIM, ‘Entre parole et image: le discours politique français et ses ressources classiques’, *Rhetor*, vol. I (2004), p. 2, <http://www.cssr-scer.ca/rhetor>

18 L. THEIS, ‘Guizot and the Institutions of Memory’, *Rethinking France. Les Lieux de Mémoire*, ed. de P. Nora, Chicago UP, Chicago, 2010, vol. 4, p. 146. Theis es autor de la biografía de Guizot más reciente de la que tenemos noticia: *François Guizot*, Fayard, París, 2008.

19 J. FONTANA, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, p. 110.

20 En ‘Historia y política: los usos’, *Usos públicos de la Historia*, ed. de J.J. Carreras Ares y C. Forcadell Álvarez, Marcial Pons, Madrid, 2003, p. 24.

21 M. WINOCK, *Las voces de la libertad*, pp. 127-128.

22 J. RUBIÓ I BALAGUER, ‘Bergnes de las Casas’, en *Obras de Jordi Rubió i Balaguer VII. Il·lustració i Renaixença*, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, Barcelona, 1989, p. 54 (n). Este texto se publicó por primera vez en 1947.

- 23 A. ADOLFO CAMUS, *Compendio elemental de Historia Universal*, Segunda parte, Boix, Madrid, 1843, p. 299.
- 24 G. P. GOOCH, *Historia e historiadores del siglo XIX*, trad. de Ernestina de Champourcín y Ramón Iglesia, FCE, México, 1977 (reimpresión; primera edición en inglés, 1913), p. 198.
- 25 'Guizot', *ABC*, 11/12/1987.
- 26 J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1976, p. 44. La cita corresponde al 'Prologo para franceses' escrito en 1939.
- 27 P. ROSANVALLON, *Le moment Guizot*, p. 107-140. R. PUNSET, 'Guizot y la legitimidad del poder', p. 458.
- 28 J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, p. 44.
- 29 M. WINOCK, *Las voces de la libertad*, pp. 399-400.
- 30 P. ROSANVALLON, *Le moment Guizot*, p. 320.
- 31 G. DE BROGLIE, *Guizot*, Perrin, París, 1990.
- 32 Así se titula la introducción de su edición de la guizotiana *Histoire de la civilisation en Europe*, Hachette, París 1985.
- 33 *Histoire et historiens. Manuel d'historiographie*, Hachette, París, 1995 (2ª edición), s.p.
- 34 El gran libro de Pocock sobre "el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica" (ese es su subtítulo) fue publicado por vez primera en 1975 en Princeton UP. Se encuentra disponible en castellano en traducción de M. Vázquez-Pimentel y E. García (Tecnos, Madrid, 2002).
- 35 Tomo la expresión de J. S. PÉREZ GARZÓN, 'Los historiadores en la política española', en *Usos públicos de la Historia*, p. 111.
- 36 J. S. PÉREZ GARZÓN, 'Los historiadores en la política española', p. 114.
- 37 C. O. CARBONELL, 'Guizot, homme d'Etat, et le mouvement historiographique français du XIXe siècle', *Bulletin de la SHPF*, 122/5 (1976), p. 220.
- 38 J.J. CARRERAS ARES y C. FORCADELL ÁLVAREZ, 'Historia y política: los usos', en *Usos públicos de la Historia*, p. 24. P. ROSANVALLON, *Le moment Guizot*, p. 212.
- 39 Se comprueba fácilmente en el Índice Histórico de Diputados que figura en la página web del Congreso, <http://www.congreso.es>
- 40 Sobre los seguidores y los críticos españoles de Guizot, se ha de consultar J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, 'La recepción en España de la *Histoire de la civilisation de Guizot*', *L'image de la France en Espagne (1808-1850)*, ed. de J. R. Aymes y J. Fernández Sebastián, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1997, pp. 127-149.
- 41 D. ROLDÁN, 'Historia y política. La historiografía liberal francesa entre la Restauración y el Segundo Imperio', *Revista de instituciones, ideas y mercados*, 57 (2012), p. 91.
- 42 J. GADILLE, 'Les critiques du concept de civilisation chrétienne chez Guizot au XIX siècle', *Bulletin de la SHPF*, 122/5 (1976), pp. 329-330.
- 43 Guizot fue "una de las influencias tardías de Ortega más reveladoras". El liberalismo elitista de Ortega tiene demasiadas semejanzas con el doctrinarismo guizotiano. Ver al respecto J. GRACIA, *José Ortega y Gasset*, Santillana, Madrid, 2014, pp. 386, 445 y 559.
- 44 A. PALACIO VALDÉS, *La novela de un novelista*, pp. 299-300. Cito según edición moderna a cargo de Francisco Trinidad, Ayuntamiento de Laviana, Laviana, 2005. La edición original, por la Librería de Victoriano Suárez, Madrid, 1921.
- 45 A. PROST, *Doce lecciones sobre la historia*, trad. de A. Pons y J. Serna, Cátedra, Madrid, 2001, p. 35.
- 46 A. PROST, *Doce lecciones sobre la historia*, p. 36.
- 47 Jules Simon (1814-1896) fue el sucesor de Cousin en la cátedra de filosofía de la Sorbona. Como político llegó a presidir el Consejo de Ministros durante la Tercera República.
- 48 G. P. GOOCH, *Historia e historiadores del siglo XIX*, p. 195.
- 49 Uso la traducción que con el título *Historia de la civilización en Europa* publicó por primera vez *Revista de Occidente* en Madrid en 1935. El impulsor de esa nueva traducción, posterior en casi un siglo a las de la década de 1840 que ya hemos mencionado, fue José Ortega y Gasset, que escribió para la ocasión un breve prologo. El traductor, Fernando Vela, era uno de sus más estrechos, conocidos y competentes colaboradores. La traducción de Vela, prologo orteguiano incluido, fue recuperada por Alianza en el lanzamiento de su famosa colección *El libro de bolsillo* en 1966 (número 5). La edición de la que dispongo es la tercera, impresa en 1972. El párrafo reproducido, en la p. 18.
- 50 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, trad. de F. Vela, *Revista de Occidente*, 1935, pp. 19-20.
- 51 J.C. BERMEJO BARRERA, *El final de la historia. Ensayos de historia teórica*, Akal, Madrid, 1987, p. 159.
- 52 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 20-22.
- 53 F. LAURENT, 'Penser l'Europe avec l'histoire. La notion de civilisation européenne sous la Restauration et la monarchie de Juillet', *Romantisme*, 104, p. 53.
- 54 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 22.
- 55 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 23-24. Civilización aparece en cursiva en el original.
- 56 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 26.
- 57 P. ROSANVALLON, *Le moment Guizot*, p. 253.
- 58 S. ZÉKIAN, 'Le discours du progrès dans l'*Histoire de la civilisation en Europe* de Guizot. L'historien rattrapé par son sujet', *Revue Française d'Histoire des Idées Politiques*, 23, (2006/1), p. 58.
- 59 Ver, por ejemplo, la edición de Oliveres (Barcelona, 1839) ya mencionada, pp. 1-2.
- 60 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 26-28.
- 61 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 28-29.
- 62 J. BURY, *La idea del progreso*, trad. de E. Díaz y J. Rodríguez Aramberri, Alianza, Madrid, 1971, p. 14.
- 63 J. BURY, *La idea de progreso*, p. 10.
- 64 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 46.
- 65 'Biografía contemporánea', p. 287.
- 66 J. BURY, *La idea de progreso*, pp. 37, 95, 121, 140, 143, 160, 194-196 y 247.
- 67 Robert Laffont/Armand Colin, París, 2009. El artículo, en las pp. 713-750.
- 68 Gallimard, París, 1966, vol. I, pp. 336 y ss.
- 69 É. BENVENISTE, 'Civilisation...', p. 339. La traducción, según J. A., 'La palabra "civilización" y su sentido en el siglo XVIII', en F. LOPEZ, J. PEREZ, N. SALOMON y M. CHEVALIER, *Actas del Quinto Congreso Internacional de Hispanistas*, Burdeos, Université de Bordeaux, 1977, vol. 1, p. 94.
- 70 J. R. GOBERNA FALQUE, *Civilización. Historia de una idea*, Universidad de Santiago de Compostela, 1999, p. 31.
- 71 L. FEBVRE, 'Civilisation...', pp. 716-717.
- 72 F. BRAUDEL, 'Aportación de la historia de las civilizaciones', en *La historia y las ciencias sociales*, Alianza, Madrid, p. 135.
- 73 L. FEBVRE, 'Civilisation...', p. 718.
- 74 J. A. MARAVALL, 'La palabra "civilización"...', p. 95. L. FEBVRE, 'Civilisation...', pp. 719-720.
- 75 J. A. MARAVALL, 'La palabra "civilización"...', pp. 95-102.
- 76 L. FEBVRE, 'Civilisation...', p. 733. J. R. GOBERNA FALQUE, *Civilización*, p. 41.
- 77 F. GONZALO MORÓN, *Curso de historia de la civilización de Espa-*

- ña, Establecimiento Tipográfico, Madrid, 1841, vol. I, pp. 74-75. He modernizado la ortografía.
- 78 P. DEN BOER, 'Civilization: concepts and identities', *Contributions to the history of concepts*, 1/1 (2005), p. 58
- 79 J. R. GOBERNA FALQUE, *Civilización*, p. 60.
- 80 J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, 'La recepción en España...', pp. 138-139.
- 81 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 36.
- 82 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 36-37.
- 83 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 38.
- 84 R. RÉMOND, 'Le philosophe de l'histoire chez Guizot', *Bulletin de la SHPF*, 122/5 (1976), p. 275.
- 85 P. ROSANVALLON, *Le moment Guizot*, p. 195.
- 86 Citado por P. ROSANVALLON, *Le moment Guizot*, p. 195 y por F. LAURENT, 'Penser l'Europe avec l'histoire', p. 59.
- 87 F. LAURENT, 'Penser l'Europe avec l'histoire', pp. 59-60.
- 88 J. J. CARRERAS ARES, *Seis lecciones sobre historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2007, p. 35.
- 89 D. ROLDÁN, 'Historia y política...', p. 92.
- 90 P. ROSANVALLON, *Le moment Guizot*, p. 193.
- 91 J. J. CARRERAS ARES, *Seis lecciones sobre historia*, p. 36.
- 92 F. GONZALO MORÓN, *Curso de historia...*, vol. I, p. 26.
- 93 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 35.
- 94 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 35-36.
- 95 F. GONZALO MORÓN, *Curso de historia...*, vol. I, pp. 25-26.
- 96 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 273-274.
- 97 J. FONTANA, *Historia*, p. 110.
- 98 G. P. GOOCH, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 195.
- 99 P. ROSANVALLON, 'Guizot et la Révolution française', *Guizot et la culture politique de son temps*, ed. de M. Valensise, Gallimard-Le Seuil, París, 1991, p. 61
- 100 F. LAURENT, 'Penser l'Europe avec l'histoire', p. 62.
- 101 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 43-45.
- 102 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 14-15.
- 103 J. GADILLE, 'Les critiques du concept...', p. 329.
- 104 J.C. BERMEJO BARRERA, *El final de la historia*, p.183.
- 105 Citado en *François Guizot 1787-1874. Passé-Présent*, ed. de R. Chamboredon, L'Harmattan, París, 2010, p. 276.
- 106 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 168-170.
- 107 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 170.
- 108 A. PROST, *Doce lecciones sobre la historia*, p. 215.
- 109 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 171-174.
- 110 A. PROST, *Doce lecciones sobre la historia*, p. 215.
- 111 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 174-175.
- 112 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 175.
- 113 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 175-176.
- 114 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 178-179.
- 115 A. PROST, *Doce lecciones sobre la historia*, pp. 217-218.
- 116 F. GUIZOT, *Historia de la civilización...*, pp. 176-177.
- 117 Carta a Joseph Weydemeyer del 5 de marzo de 1853: "Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas". Cito según la edición digital del tomo I de la recopilación de obras de K. MARX Y F. ENGELS, *Obras escogidas en tres tomos*, Progreso, Moscú, 1980, p. 283. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/oe/pdf/oe3-v1>
- 118 G. PLEKHANOV, 'Augustin Thierry et la conception matérialiste de l'histoire', *Devenir social*, noviembre, 1895.
- 119 A. PROST, *Doce lecciones sobre la historia*, p. 219.
- 120 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 206.
- 121 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 275.
- 122 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 280.
- 123 La primera edición castellana, en la imprenta de José Tauló, Barcelona. La primera francesa, en Debécourt, de París. La primera inglesa, en Levey, Robson and Franklin, de Londres. Y la primera norteamericana, ya en 1851, en John Murphy Company, de Baltimore.
- 124 La primera edición, en la imprenta de la Publicidad, Madrid.
- 125 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 327-328.
- 126 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 39.
- 127 J. J. CARRERAS ARES, *Seis lecciones sobre historia*, p. 36.
- 128 G. P. GOOCH, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p.196.
- 129 M. WINOCK, *Las voces de la libertad*, pp. 187-188.
- 130 Cit. por G. P. GOOCH, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p.197.
- 131 La edición original de esta obra, en cinco tomos, se publicó entre 1882 y 1891. Cito según la edición del CSIC, Madrid, 1993, vol I, p. 756.
- 132 J. MARIAS, *Guizot*. En esta colaboración periodística de 1987 Marias se autocita.
- 133 F. LAURENT, 'Penser l'Europe avec l'histoire', pp. 54.
- 134 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 19.
- 135 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, pp. 19-20.
- 136 F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, p. 329.
- 137 F. MÚGICA, 'Civilización y participación política. Una aportación temprana de Tocqueville', *Anuario Filosófico*, XXXVI/1 (2003), p. 137.
- 138 G. P. GOOCH, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, p. 196.
- 139 M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, CSIC, Madrid, 1974, vol. I, p. 756.